



LA GUADAÑA MODERNA:

PICADO, AFILADO Y TÉCNICA DE SIEGA
POSIBILIDADES AUTOGESTIONARIAS EN LA PEQUEÑA
Y MEDIANA ESCALA

de Miguel Berbel Sánchez



**LA GUADAÑA MODERNA:
PICADO, AFILADO Y TÉCNICA DE SIEGA POSIBILIDADES AUTOGESTIONARIAS EN LA PEQUEÑA
Y MEDIANA ESCALA**

Autor: Miguel Berbel Sánchez

Ilustración: Eva Martín Jiménez

Maquetación: Arbén Pero (www.artben.es).

Foto de portada: Beatriz García Montalvo

Rightcopy: Reproducir en caso de utilidad, mencionando o no al autor.

Primera edición en Garganta la Olla (Cáceres), febrero de 2025

ÍNDICE DE CONTENIDO

BLOQUE I: INTRODUCCIÓN	07
I.1 HERRAMIENTAS MANUALES Y ENERGÍAS NO ELÉCTRICAS NI FÓSILES: BREVE DEFENSA	07
I.2 ¿POR QUÉ APRENDER A SEGAR A GUADAÑA HOY?: PRODUCCIÓN DE HENO, ACOLCHADOS, COMPOST Y MANTENIMIENTO ALTERNATIVO EN PEQUEÑAS FINCAS O GRANJAS	08
I.3 ¿DESBROZADORA O GUADAÑA?: COMBINEMOS EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE O DESEABLE	13
I.4 MI RECORRIDO (NO ESPECIALISTA) HASTA AQUÍ Y AGRADECIMIENTOS.....	14
I.5 BREVE HISTORIA DE LA GUADAÑA.....	16
I.6 OTRAS FUENTES.....	18
BLOQUE II: PARTES DE LA GUADAÑA Y AJUSTES PARA UNA POSTURA CORRECTA.....	19
II.1 EL MANGO	19
Tipos de mango	19
Elección del tamaño correcto Elección del tamaño correcto	21
Distintas maneras de sujetarlo	21
II.2 LA HOJA.....	22
Tipos según la dureza del acero	22
Partes de la hoja	23
Distintas formas y tamaños	24
II.3 LA FIJACIÓN DEL MANGO A LA HOJA Y SUS AJUSTES	25
Tipos de fijación: casquillo, cuña, tornillo	25
Ajuste del ángulo hoja-mango: con cuña o doblando el cuello de la guadaña	25
Ajuste del ángulo hoja-suelo: con cuña o doblando el cuello de la guadaña	27
BLOQUE III: CONSEGUIR UN FILO EXTREMO	29
III.1 PICADO: TIPOS DE YUNQUE Y GUÍAS, FORJA EN FRÍO, REPARACIONES	29
Cuando estrenamos una guadaña, puesta a punto	29
Estirando el metal con precisión	30
Yunque tradicional a mano alzada: primer hilo con golpe en arco y segundo hilo con golpe vertical	32
Yunque moderno de émbolo y casquillos	34
Cómo saber cuándo hay que volver a picar: desarrollar sensación de corte, al tacto, visualmente	35
Reparaciones de mellas, grietas u otros defectos	36
III.2 AFILADO PRE SIEGA	39
Nociones básicas de filos, brillos, rebabas	39
Estamos afilando un peculiar filo cóncavo de un solo bisel	41
Afilando después del picado	41
III.3 AFILADO DURANTE LA SIEGA	42
Postura y sujeción de la guadaña	42
Sujeción de la piedra y gesto	43
Piedras de grano grueso y fino	45
III.4 NOTAS PARA UN BUEN MANTENIMIENTO Y PRECAUCIONES	46
Al transportarla tanto montada como desmontada	46
Al guardarla tras la siega y luego al acabar nuestra temporada	46
BLOQUE IV: TÉCNICA DE SIEGA.....	47
IV.1 CALENTAMIENTO AL AMANECER CON HUMEDAD	47



IV.2 EL BAILE	48
Postura corporal y gesto relajado	48
Balanceo acompasado y pequeños pasos.....	50
IV.3 LA HOJA DESLIZÁNDOSE SOBRE EL SUELO	51
Peso sobre la hoja acunándola	51
Trayectoria de la hoja y amplitud del corte (altura, anchura y grosor)	52
IV.4 ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO DE SIEGA.....	53
Factores a tener en cuenta.....	53
En grupo.....	53
BLOQUE V: CÓMO HACER HENO DE ALTA CALIDAD	55
V.1 UNAS PALABRAS SOBRE SUELOS, PREPARACIÓN DE NUESTRO TERRENO PARA LA SIEGA Y MEJORAS.....	55
V.2 HERRAMIENTAS NECESARIAS	57
V.3 EL BUEN MOMENTO PARA SEGAR.....	58
V.4 PASOS PARA HACER UN BUEN HENO	58
V.5 CUÁNDΟ LA HIERBA SE HA CONVERTIDO EN HENO Y SE PUEDE RECOGER	59
V.6 ALGUNAS MANERAS DE ALMACENAR EL HENO	60
EPÍLOGO Fernando Llorente Arrebola	62





BLOQUE I: INTRODUCCIÓN

“ Ya no sentimos ningún sitio como propio: estamos siempre fuera de lugar. De tanto soltar lastre, hemos llegado a perder casi toda referencia directa de lo que ocurre bajo la suela de nuestros zapatos y, aunque dejamos una huella cada vez más profunda, ya no alcanzamos a percibirla desde esa altura casi satelital. (...) La mirada táctil del campesino palpaba hasta el más pequeño detalle, permitiéndole anticipar el siguiente movimiento y adaptar su acción a las querencias del territorio. La nuestra, por el contrario, con el nervio óptico atrofiado por la falta de uso, ni siquiera alcanza a identificar las distintas unidades que confieren a cualquier territorio una naturaleza heterogénea. De ahí que no nos duela ver cómo el modelo agro-silvo-pastoril trazado por la agricultura campesina con el fin de aprovechar al máximo la vocación propia de cada palmo de terreno se vaya colmatando por la topografía laminada de los grandes monocultivos. Tampoco que la singularidad de cada calle, de cada pueblo o cada barrio se haya disuelto en un amasijo equiparable a los demás. Como si los lugares respondieran a nuestra indiferencia volviéndose ellos mismos indiferenciables.

(...) Bajo las condiciones del desarraigo, más que habitar el mundo, lo ocupamos; y lo hacemos colmándolo de todo lo imprescindible para mantener el espejismo de una esfera social autónoma que inevitablemente reposa sobre una base material, pero que no se mezcla ni se confunde con ésta.

Geografías de la ingrávida, Marc Badal.

I.1 HERRAMIENTAS MANUALES Y ENERGÍAS NO ELÉCTRICAS NI FÓSILES: BREVE DEFENSA

Usar nuestras manos y herramientas-tecnologías sencillas, entre otras cosas, nos fue haciendo más humanos en la prehistoria. El “desarrollo” nos acabó haciendo “dioses” por encima de nuestro entorno y nos desconectó de nuestra base material (a unos privilegiados más que a otros), para necesitar ahora en la posmodernidad quizás un aterrizaje más o menos forzoso individual y colectivamente. Una de las pistas de aterrizaje probablemente sea de nuevo descubrir el lápiz, el martillo, las tijeras; redescubrir la importancia del vínculo con nuestro entorno social y natural, y las interdependencias; reconocer los límites tan necesarios para funcionar desde la responsabilidad y sostenibilidad profundamente entendidas.

Hay cada vez más consenso científico en la situación de crisis energética y crisis climática, en que hemos llegado a un punto de no retorno en cuanto al agotamiento de recursos de todo tipo (no sólo combustibles fósiles) y en la entrada a una era desconocida en cuanto a dinámicas y eventos climáticos. Se trata del resultado de unos siglos de sistema capitalista, depredador por definición por mucho que se haya intentado edulcorar, y la palabra “colapso” va definiendo con cada vez más solidez la cuesta abajo en la que nos deslizamos y cuya pendiente en algún momento cercano se prevé muy abrupta.

Una buena parte del planeta ya colapsó sometido a los intereses de la otra, y allí probablemente el impacto no será tan grande como en el centro privilegiado, dominante, de la historia. Ojalá lo que venga nos nivele de una manera más equilibrada reduciendo la brecha cada vez mayor, las desigualdades crecientes. Será una tarea de todas las partes y previsiblemente hará falta atravesar conflictos a la vez que hacer florecer nuevas formas. Se verá tras este avance de la extrema derecha que suele acompañar-aprovechar las crisis profundas y el hastío popular para seguir favoreciendo a las élites.

Se multiplican los remedios ultratecnológicos salvadores, la energía solar, el hidrógeno, ir a marte si



hace falta para hacer relevo a combustibles fósiles, energía nuclear... y para permitir que todo siga “igual”, pero parecen gigantes de barro sostenidos por delirios y búnkeres. Tendremos que reconocer también el valor del agua y la tierra como madres de vida, a los animales como compañeros de viaje, a la mujer como esa mitad de la humanidad exprimida por ser mujer a favor del hombre con los privilegios sociales por serlo. Al bien común como único camino con horizontes.

Sin idealizar el medio rural y sin romanticismos del tiempo pasado desde aquí apunto en dirección a rescatar fuentes de energía y tecnologías más sencillas y autónomas como las relacionadas con lo hidráulico y eólico en dimensiones pequeñas, diseminadas por el territorio generando fuerzas motrices de todo tipo de mecanismos. Actualmente desarrollan más esta alternativa científicos como Antonio Turiel, aunque se echan de menos diseños en la línea de los hermanos Urquía pero enfocados más allá de lo doméstico. Como botón de muestra ahí está la comunidad Amish, puntera en molinos, aserraderos, etc. sin electricidad, con tracción animal desarrollada hasta niveles de eficiencia altísimos. Ejemplos de lo mismo los encontramos también en esa gran parte del planeta que, como decía, ya colapsó, y por supuesto en los tiempos pasados donde la necesidad desarrolló tantas fórmulas ingeniosas integradas en su medio.

Acabo estos párrafos de manifiesto-posicionamiento diciendo que aunque no estuviera sucediendo todo esto, bien haríamos en cambiar igualmente. Y como un granito de arena ahí van unas páginas de guadaña, una de las herramientas presentes en millones de casas, sólo en nuestra península, hasta hace poco. Siempre muy relacionada con las economías campesinas, con lo sostenible, con lo circular.

Intentaré concretar cómo hoy día puede ir teniendo cada vez más hueco en nuestro medio rural, al igual que tantas otras herramientas manuales que irremediablemente identificaremos con ritmo lento, esfuerzo físico y baja productividad hasta que no cambiemos los criterios de medida, la escala de valores. Es cierto que comparado con la mecanización extrema la herramienta tiene esos componentes, y es falso que sean negativos si ampliamos la perspectiva. De hecho hay herramientas manuales capaces de demostrar algunas ventajas, de cumplir viablemente unas tareas de cosecha y mantenimiento en proyectos de pequeña y mediana escala, así como desarrollar nuestras capacidades, habilidades, atención, precisión, creatividad y, en ocasiones, nuestra capacidad de frustración y superación. Mención especial al hacha, otra de las herramientas altamente versátiles con una amplia gama de modelos y geometrías en función de tareas muy específicas.

Una vez encontrado el sentido de rescatar modernizando esta herramienta, nos volcaremos en compartir claves tanto del montaje de la guadaña como del afilado y picado (operaciones de imprescindible perfeccionamiento, distintas y necesarias). Una vez llegados a este punto podremos abrir la siguiente fase de aprender, experimentar la técnica de siega. Sin conseguir un ajuste adecuado y un filo extremo será muy difícil desenvolverse satisfactoriamente al cortar, por muy buena técnica de siega que tengamos.

Las dinámicas necesarias de la propuesta aquí presente se acercan muchas veces a lo que es una meditación en movimiento tanto al picar y afilar como al segar, cercano esto último a algo así como una variante del “Thai Chi”. En la parte dedicada a técnica de siega y ergonomía insistiré en lo saludable que puede llegar a ser física y mentalmente. Por supuesto que podremos, como en cualquier actividad, hacernos daño si forzamos el gesto, si sobrepasamos nuestro ritmo, si descuidamos el afilado, si no entendemos el funcionamiento... y de todo esto un poco tratan estas páginas, silenciosamente, de muchas pequeñas revoluciones.

I.2 ¿POR QUÉ APRENDER A SEGAR A GUADAÑA HOY?: PRODUCCIÓN DE HENO, ACOLCHADOS, COMPOST Y MANTENIMIENTO ALTERNATIVO EN PEQUEÑAS FINCAS O GRANJAS.

La guadaña se trata pues de una antigua herramienta quizá futurista, hasta hace poco usada en medio planeta dada su centralidad tanto en lo relacionado con la agricultura como con alimentar la ganadería. Dada su versatilidad, como veremos, la variedad de modelos y su portabilidad, permite muchos posibles usos con



accesibilidad a contextos y entornos de todo tipo, desde un uso agrícola profesional o aficionado al de ocio en el mantenimiento de un jardín o finca. Aquí nos vamos a enfocar en las posibilidades de la guadaña en pequeñas iniciativas agrícolas y ganaderas en combinación con pequeñas máquinas partiendo de nuestra experiencia y la de iniciativas afines. En grandes extensiones de forraje o para grano las alternativas pasan por otros cauces como mencionaba anteriormente. Estos son los principales usos que podemos poner en práctica:

A) Para quien tiene pocos animales o un pequeño rebaño (unos burros, caballos, ovejas, cabras, vacas...) cada vez es más difícil encontrar, por ejemplo, heno en pequeñas cantidades y formato manejable sin tractor (paquete pequeño). Van desapareciendo las pequeñas y medianas explotaciones, de manera que las lógicas de lo grande van conquistando o desterrando realidades, en definitiva, lo rural y la cultura a ello asociada. Entonces hacen falta alternativas o bien con pequeñas máquinas como la desbrozadora o con herramientas como la guadaña, o una combinación de ambas.

Adicionalmente hay varios criterios como son el precio y la calidad del heno que podamos encontrar, y digo rotundamente que la calidad es inmejorable cuando sabes y puedes autogestionarlo. El precio... pues como todo, depende de cuánto puedas o quieras gastarte en tener (buen) heno y cómo valores lo autoproducido. De hecho, está la posibilidad de que ni siquiera sea cuestión de dinero, sencillamente puedes no encontrar (buen) heno. En nuestro caso ha sido un proceso en el que pasó de ser cabezonería a, oye, ser algo ágil y ciertamente viable a parte de saludable.



En una media mañana nos es posible segar varias áreas (un área son 100 m² y con un buen nivel podemos segar tres por hora), en otras tres medias tardes gestionar la hierba para su correcto secado y empaquetado. Y si repetimos la operación varias veces ya tenemos heno para nuestro rebaño unos meses siempre que hagamos el proceso correctamente evitando fermentaciones indeseadas, y siendo adecuado el lugar para almacenarlo. En el Bloque V se describe el proceso completo con detalles sobre el manejo de la hierba con rastrillo y horca, los momentos óptimos del día para cada operación en la rutina y varias posibilidades de gestionar el empaquetado o amontonamiento. Y algunos criterios para acertar en el buen momento del año según tu zona. Aunque al final nos marque la luna "pudiente".

B) Un segundo fin puede ser la producción de biomasa para el acondicionamiento de huertos y frutales, ya sea a nivel doméstico o para venta. Es una práctica que se va extendiendo con muchas variantes en función de la escuela y cumple funciones variadas cada vez más necesarias dado el avance de la sequía y fenómenos climáticos extremos:

- Al cubrir el suelo dificultamos la germinación de hierbas silvestres que puedan competir con los frutales en





sus primeras fases de crecimiento y con las verduras del huerto en general. Por un lado ahorramos tiempo de escarda y cava y mejoramos la estructura del suelo, pero por otro hay un trabajo de mantenimiento.

- Protegemos de la erosión producida por lluvia, viento, tormentas, así como de temperaturas extremas de calor y frío, la insolación, etc. Esto mantiene una actividad microbiana mucho más alta durante el año y por lo tanto más riqueza y rusticidad.

- Aportamos nutrientes gradualmente, ya que la hierba contiene también elementos que fueron bombeados de zonas profundas para ponerlos a disposición en superficie. La proporción de carbono, nitrógeno, azúcares, dependerá también de si la hierba que incorporamos es fresca o más bien paja.

- Reducimos la necesidad de riego al sombrear, pudiendo estar el riego por goteo bajo el acolchado o por encima. En caso de acolchar con hierba fresca aportamos también agua de alguna manera, reduciendo aún más la necesidad de riego. Además al mejorar la estructura del suelo aumenta la capacidad de retener agua y evitar el lavado de nutrientes.

Es importante puntualizar que el manejo de acolchados cambia dependiendo de nuestras condiciones climatológicas. Puede ser hasta desaconsejable en caso de que haya hierbas como la grama o exceso de humedad como en algunos climas norteños; o puede haber inconvenientes como que se convierta en el refugio favorito de ratoncillos, grillotopos o babosas. Quiero decir que los acolchados no se tratan de una solución mágica ni fácil, pero sí a explorar y adaptar a nuestra realidad.



De hecho mencionaré la Agroforestería Sintrópica, aunque no me guste la proliferación de etiquetas dentro del mundo agroecológico, como una de las técnicas que sistematizan la importancia de generar biomasa e incorporarla al suelo para imitar, acelerando, la dinámica de los bosques-selva. Se inspira en prácticas de antiguas culturas, por cierto, modernizándolas como intentamos hacer con antiguas herramientas y la guadaña en concreto.

También me referiré al acolchado “in situ” que están desarrollando en la iniciativa de “One Scythe Revolution” para instalar de manera muy eficiente cultivos en zonas, praderas, periódicamente segadas a doble hilera (en vez de hilera sencillas como suele hacerse), siempre hacia la misma línea, de manera que se va haciendo un suelo-lecho de siembra o plantación. Un primer año de sucesivas siegas haciendo una especie de bancal y después una sucesión de cultivos para ir activando y trabajando el suelo: primero patatas, luego calabaza y luego quizás otras verduras o frutales a medida que vaya mejorando la estructura y actividad del bancal. Dependiendo de nuestro clima y tipo de suelo instalaremos riego de apoyo por goteo o no, en función también de si queremos cultivar a lo largo de más o menos meses. También podremos acelerar el proceso si el primer paso que demos sea labrar o descompactar con laya por ejemplo el futuro bancal.



C) Generación de biomasa para compostar: no vamos a profundizar aquí pero existen varios posibles procesos, mezclas, etc. e implica trabajo extra porque además de moverla, como en el caso del acolchado, está el proceso de preparar composteras o espacio adecuado, voltear, probablemente regar, y luego volver a transportar hasta el huerto o frutales.



Pero no cabe duda de que fertilizar, entre otras intervenciones que enriquecen y activan nuestros suelos, es siempre interesante. Y en la medida en que es cada vez más difícil, al menos para nosotras, conseguir estiércol no procedente de ganadería industrial, ahí está esta alternativa o la posible mezcla. Un reconocimiento desde aquí a la valiosísima y prácticamente extinguida ganadería extensiva, el pastoreo, el pastor y la pastora.

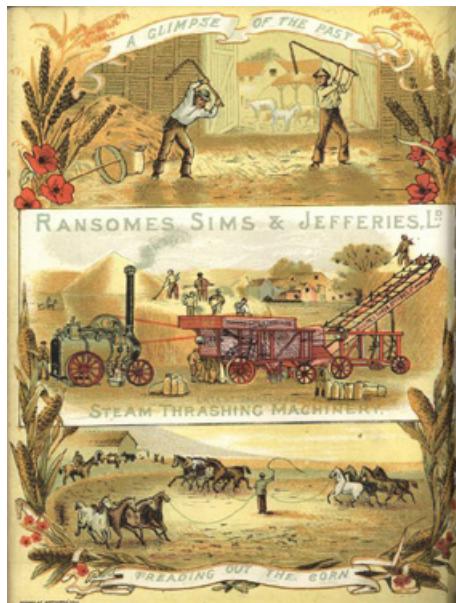


D) Tareas genéricas de mantenimiento en el campo como desbroce de hierba, arbustos, zarzas... tareas que suelen ser más combinables con el uso de hoz, de podón e incluso hacha. Nuestra experiencia está siendo gradual, de manera que vamos identificando qué zonas son más viables, interesantes o deseables de mantener manualmente. El resto, de momento, es terreno de la desbrozadora.

E) Hay otro gran ámbito que es el de la cosecha de grano, pero aquí no vamos a profundizar en él dado que en principio implica una siguiente fase de trillado y aventado sobre la que aún tengo poco que aportar. Se fueron desarrollando varios apliques para añadir a la guadaña (“cuna de grano”) y facilitar la disposición en haces. Cambia un poco el ritmo y el gesto final, pero la técnica es básicamente la misma.



Existen trilladoras manuales (o con pequeños motores) para pequeñas cantidades, como cilindros con manivela donde ir introduciendo poco a poco la cosecha, y similar pero con un ventilador que aventa. También se pueden encontrar todavía mallas o maulas, dobles varas articuladas con una cadena o una tira de cuero, de manera que es golpeando como se separa el grano de la paja.



F) Y por último mencionaré el ámbito de las competiciones deportivas rurales que siguen presentes en los países donde aún la guadaña forma parte del imaginario colectivo y se aprecia como riqueza la cultura a ella asociada. En el caso de la península nos vamos al norte, especialmente al País Vasco, donde la guadaña es una de las 18 disciplinas incluidas en los “herri kirolak” o deportes rurales vascos.





Existe el formato de competición tanto de la hoja (120 cm., casi el doble que muchas de las guadañas “normales”, que oscilan entre 60 y 80 cm.) como del mango (mucho más corto que el usual para trabajar más cerca del suelo y por lo tanto con más potencia a manera de “sprint”), y cuento como curiosidad que gana quien más kilos siega en un tiempo dado, ya que una diferencia de centímetros por abajo en el corte significan mucho volumen y peso por metro cuadrado.

I.3 ¿DESBROZADORA O GUADAÑA?: COMBINEMOS EN LA MEDIDA DE LO POSIBLE O DESEABLE

Hay curiosas competiciones-demostraciones donde se compara (en un trocito pequeño de prado, claro) el rendimiento de guadaña y desbrozadora... ¡y gana la guadaña! En fin, sin obviamente querer desmerecer a esta última, tampoco voy a defender lo indefendible. La gasolina tiene un poder enorme, un litro la fuerza de no sé cuántas personas por hora. Así que vuelvo a insistir en la necesidad de ampliar la mirada, valorar lo que no se puede medir, medir lo que no se valora. Yo huiría de disyuntivas para intentar incluir, dar cabida a diversidad de maneras combinándolas cada cual en función de sus circunstancias, motivaciones, capacidades... y dentro de lo posible.

Con respecto a las máquinas hay ahorros en tiempos de preparación y montaje, reparación. Hay ahorro también en inversiones, reparaciones y combustible. De ruido, de muertes de muchos bichos y animalillos... Pero vamos, a día de hoy en casa seguimos usando mucho la motosierra, la desbrozadora, desbrozadora de ruedas, puntualmente el motocultor... así que no tratamos de idealizar el rendimiento de lo manual pero sí encontrarle-reservarle su lugar guardando alguna zona mejor para ello, quizás dándole prioridad en las semanas idóneas para hacer heno o cuando la carga de trabajo no sea tan grande. Para el próximo año estamos planeando una siega itinerante con vecinos afines en grupo, por turnos un día en cada finca. Y de todas maneras estamos profundizando en su uso, así como en el de otras herramientas manuales (hacha, sierra de doble mango, etc.) como conocimiento valioso y estratégico, como práctica saludable.

No deja de ser necesaria una apuesta, un reto, una “inversión de futuro”, para atravesar tanto los a veces difíciles comienzos como el esfuerzo físico y mental que supone. El caso es que puede llegar a ser gustoso además de viable en estos parámetros variables de la pequeña escala que comento. Es indudablemente un avance importante en nuestra autonomía. En paralelo al “slow food” podríamos pensar en el “slow work”.

Así que rechazo la disyuntiva porque si tuviera que elegir de manera “realista” a día de hoy me quedaría con la desbrozadora o el tractor pero teniendo una mirada más amplia defiendo combinar con alternativas manuales en todos los ámbitos posibles. E insisto en que es una decisión, una opción que incluye a la vez realismo e idealismo tan necesarios para avanzar.

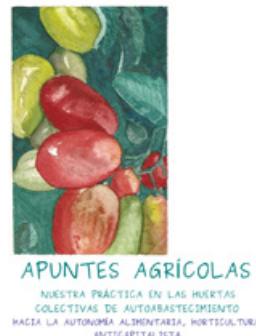
Y respondo al razonamiento despectivo que ya escuché varias veces desde la lógica productivista:



“vaya tontería”, “hay que tener mucho tiempo para eso”. Reconociendo que hay una parte de privilegio en no estar acuciado por la pura urgencia, la necesidad y la precariedad, ya digo que a mí no me sobra el tiempo, ni mucho menos, pero a veces lo reservo para esto entre otras cosas que mido con otros criterios no productivistas.

I.4 MI RECORRIDO (NO ESPECIALISTA) HASTA AQUÍ Y AGRADECIMIENTOS

He tenido la suerte de acceder a muchas facetas de lo rural durante muchos años dedicándome a ello y, sin haberme superespecializado en nada, sí que he llegado a profundizar en varias disciplinas como para ir compartiendo conocimientos; primero más informalmente, luego de manera más estructurada y finalmente recogiéndolo en forma de pequeños manuales. Ahí están los “Apuntes agrícolas. Nuestra experiencia en las huertas colectivas de autoabastecimiento (BAH!)” de 2008 (disponible pdf en internet), el “Manual de Afilado de Herramientas” de 2024 (que comparto gratuitamente vía email: m_berbel@hotmail.com) y ahora este “La Guadaña”.



APUNTES AGRÍCOLAS

NUESTRA PRÁCTICA EN LAS HUERTAS COLECTIVAS DE AUTOABASTECIMIENTO HACIA LA AUTONOMÍA ALIMENTARIA, HORTICULTURA ANTICAPITALISTA



AFILADO
MANUAL
DE HERRAMIENTAS VARIAS

de Miguel Berbel Sánchez

El interés a estas publicaciones se lo da, en parte, el vacío que existe en castellano acerca de estas temáticas, en otro caso, ni se me habría pasado por la cabeza elaborarlas. También el hecho de que van desde la práctica en la pequeña agricultura y ganadería, a veces desde lo colectivo, y por lo tanto tienen un público objetivo reducido, al menos a día de hoy. Es decir, que puede llegar a interesar algo o mucho a poca gente, pero precisamente eso me vale y me motiva como mi día a día enfocado en lo pequeño y cercano: tan importante y casi diría que prioritario. Seguro que más adelante alguien mejorará este manual.

Haciendo el camino inverso de mis padres, fui neorrural hace unos 30 años y supongo que en algún momento dejé de serlo, más cuando en la ciudad (Madrid) estuve menos. Reconozco lo difuso del término “neorrural”, cuando no peyorativo, aunque nunca tanto como el de “perroflauta” tan tristemente extendido por aquí, o el de “jipi” por otros lares. No voy a acuñar ningún término nuevo más apropiado para quienes, sin tener raíces, resistimos en el medio rural? cultivando y criando como actividad principal dentro de circuitos cortos de comercialización, haciendo trabajos agrícolas y ganaderos para terceros, criando aquí a nuestras hijas, viviendo todo el año en el pueblo. Mejor mencionaré que desde la agroecología académica se definió el “neocampesinado” pero no me atrevo a abrir aquí ese melón dado lo exiguo y difuso que puede resultar este sector social.

Hago otro inciso para comentar que aunque como veis, mi ubicación es el estado español, cuando me refiero a mi territorio hablo de la península ibérica. Son resoldos de un paniberismo venido a menos pero no por ello carente de sentido para mí desde la geografía y el encuentro de grandes afinidades, realidades en común, posibles integraciones más fuertes que esa frontera tan artificial. La única que se mantuvo de los varios reinos medievales ibéricos en el tablero de la antigua geopolítica nutriendo la desconfianza o cuando menos indiferencia a ambos lados, probablemente más actualmente desde el lado español. Es más, a lo largo de mis años, veo mucho más que aprender e imitar de Portugal que no al revés.

Y vuelvo a mi recorrido. Mis primeros 10 años saliendo y ya fuera de Madrid tuve la gran suerte de participar en dos “colectivos-escuela” como Bajo el Asfalto está la Huerta (BAH!) y Los Apisquillos. Seis años en el primero, brevemente desde un grupo de consumo, y luego como hortelano en el “grupo de huerta”; aunque quizá el principal aprendizaje fuera en torno a la toma de decisiones asamblearia, la planificación



colectiva -tanto de las tareas como de la producción agrícola y su distribución, además de la acción directa reivindicativa- y los difíciles procesos de resolución de conflictos. Por cierto combinados con muchas alegrías y cariño.



Y cuatro años en el segundo, descubriendo el mundo ovino-caprino, el esquileo, lo forestal, la montaña, la idiosincrasia en los pueblos pequeños (valga la simplificación)... y lo agrícola de la vida en colectividad cuando los cuidados no están en el centro. Desde aquí un reconocimiento a quienes habéis pasado por allí y otros proyectos similares por creer que otro mundo es posible intentando practicarlo de manera que podamos defender ese mundo en el que quepan muchos mundos. Y un agradecimiento enorme a quienes habéis compartido estos años con generosidad y cariño.

Tanto en uno como en otro tuve vecindad y aprendí mucho de paisanos locales, a veces con dificultades de comunicación y por supuesto con mis limitaciones, en un caso del sureste madrileño y en el otro del norte. Les estoy muy agradecido a Poli, a Paco, a la tertulia del Jero, y por otro lado a Claudio por acompañarnos con la guadaña precisamente entre otras cosas, Juanito ... y tantos otros, quedando patente lo masculinizado de estos entornos y actividades (y de mis dinámicas, supongo). Más que acumular conocimiento me mueve intentar transmitir bien lo poco que sepa, o facilitar el descubrimiento de cada cual porque ahí está el verdadero aprendizaje, más que en el traspaso o la imitación.

La siguiente etapa, los trece años que llevamos en La Vera (Cáceres), cuajó en un proyecto de pareja (gracias Eva, estás muy presente en todo lo que reflejo aquí) o más bien colectivo-familiar, en la medida en que nuestras hijas van aportando, y las ayudas y colaboraciones llegan de muchas personas (por supuesto con mención especial a nuestro compañero durante tantos años, Arbén, ¡gracias!, también estuvo Paco, ahora haciendo relevo Dominique y María). Es más, los afectos y vínculos llegan a los grupos de consumo que abastecemos y nos sostienen desde hace muchos años y nos hace sentirnos parte de una red amplia. A nivel productivo nos hemos volcado aquí en el mundo de la fruta variada y sus amplísimas posibilidades de transformación, siendo olivo, higuera y cerezo unos de principales cultivos. Se trata de un territorio minifundista difficilmente mecanizable y abancalado, lo que no deja de ser, además de una dificultad, un acicate para explorar alternativas en muchos sentidos.

Ahora centrándome en la herramienta que da nombre a este manual contaré que mis primeros intentos guadañiles fueron hace veintipico años en prados de montaña inclinados, donde no entraba nuestra pequeña segadora de peine, para guardar heno de cara a larguísimos inviernos en los que ni ovejas ni cabras encontraban apenas comida en un territorio de suelos pobres y degradados. Poco alentadores los principios, pero con un poco de insistencia e investigación, año a año fue mejorando la cosa y llegando a ser viable para nosotras. Al combinar aquí frutales con un pequeño rebaño de ovejas y burras siempre estuvo la motivación de hacer heno de alta calidad (y cama) para ellas, así que sucedió que se combinaron dos pequeñas pasiones: afilado de herramientas de corte en general y manejo de la guadaña. Y poco a poco, segar pasó de ser frustrante a ser muy grato, sano y útil. Aparte, la siega nos permite generar material vegetal con el que acolchar tanto las pequeñas plantaciones de frutales que vamos haciendo y las líneas de vides como el huerto, en parte abancalado.



Poco a poco también fue surgiendo la posibilidad de compartir conocimientos a través del Centro de Formación del Medio Rural de Navalmoral (gracias a la escuela y a sus sucesivos jefes de estudios, Chema primero y Amalia Malinche después) recibiendo e impartiendo cursos. Especial acogida tienen los periódicos de afilado manual de herramientas y máquinas incluyendo, a modo de prueba y con buena valoración, la guadaña. Esto, junto al empuje y apoyo de quienes me regaláis vuestra complicidad (¡gracias Cristina Díaz!), permitió cuajar formaciones también de siega con guadaña específicamente. Además fueron surgiendo paralelamente talleres a nivel más informal con grupos pequeños y valoraciones muy ilusionantes. Seguimos repitiendo la experiencia en varios ámbitos, así que ahí va este texto con la intención de llenar algo un vacío y servir de material didáctico complementario o simplemente saciar curiosidad, si es posible contagiándola hacia otras herramientas manuales y dinámicas decrecentistas.

Ya centrándome en este texto, impulsando, redactando, revisando, prologando, ilustrando, maquetando, fotografiando, completando, criticando constructivamente me habéis acompañado cariñosamente muchas personas y os quiero mencionar al menos. Sin vosotras y vosotros, tanto el proceso como el resultado habría sido distinto, menos rico, menos gustoso, o quizás ni habría sido. Por lo tanto me siento muy afortunado y acompañado. Gracias mayúsculas por la revisión del texto a María Rosa Berbel, Eva Martín y David Acuña. Además Eva por volver a ser mi generosa y paciente ilustradora. Gracias Arbén Pero por tu complicidad a todos los niveles y además por fotografiar, maquetar, grabar... ¡y segar conmigo!. Fernando Llorente, gracias por el cariñoso epílogo y el incansable compromiso con Gaia. Gracias a Francisco Corzo e Isabel Martín de "Miloke Mandarini" por investigar la guadaña desde el folklore. Lo mismo a Lolo Callejo de "Los Castos" además de por ser uno de mis maestros guadañeros y mucho más. Y por último gracias a todas las personas que habéis participado en los talleres de afilado, manejo de motosierra, de siega, gestión de la leña y otros que vamos organizando con el resultado de que nutren mucho mi motivación. Gracias.

I.5 BREVE HISTORIA DE LA GUADAÑA

Los vestigios más antiguos de herramientas de piedra tallada con mango para cortar hierba se han encontrado en pinturas rupestres de zonas nórdicas con antigüedad de unos 7000 años relacionados con la domesticación de animales. En la Edad del Hierro se van desarrollando herramientas agrícolas de corte, pero no es hasta el siglo XII cuando aparece lo que ya podemos llamar "guadaña" y no faltan en representaciones de la Edad Media en cuadros o en ilustraciones, así como en algún retablo y friso de piedra.

Así que podemos decir que es en Europa Central donde más se continuó desarrollando y perfeccionando tanto la parte metalúrgica como la confección de muchísimas variantes adaptadas a necesidades múltiples. Sigue existiendo alguna fábrica con siglos de recorrido en Austria.

En los otros continentes también tiene presencia pero reconozco que desconozco su evolución, siendo en algunos casos el machete la herramienta que cumplió la función de siega incluso actualmente en la mayor parte del sur.

Alrededor del 1600 fue ganándole en Europa terreno a la hoz para cosechar cereal por su mayor eficiencia y mejor ergonomía, y más hacia el 1800 al desarrollarse un sencillo acople, la "cuna de grano", para tumbar los tallos juntos y facilitar el posterior engavillado. El rendimiento de la guadaña es mucho mayor que el de la hoz, y no deja de ser llamativo cuando no elocuente que en la península no sucedió ese relevo y se pasó casi directamente de la hoz a la cosechadora. Lo resumió en una frase un amable vecino que llegó a segar a jornal en su juventud: "los jornales eran tan baratos ...".

Y luego ya, continuando con la guadaña, sucede en España el atraso de existir prácticamente un único formato de mango con un tamaño fijo, al contrario que en otras zonas del continente, donde los mangos eran y son adaptables a la altura de la persona pudiéndose regular la posición de cada manilla o existiendo mangos de





distintas longitudes. Algo parecido pasa con el ajuste de los ángulos en la hoja, que ya veremos, y todo implica un trabajo extra si no penoso o casi imposible.

Además del penoso trabajo de cosechar cereal con hoz (dentada) y zoquete (protección de la mano izquierda al recoger cada haz), pasó exactamente lo mismo en otros ámbitos rurales, en otras faenas agrícolas, donde jornaleros y jornaleras trabajaron sufriendo, en precario, a cambio de miseria tras miseria, cuando podían haberse puesto en práctica técnicas que, sin dejar de ser manuales y baratas, podían haber mejorado mucho condiciones y productividad.

Hay muchos paralelismos en otros ámbitos donde sucedió ese salto de lo más rudimentario a la mecanización avanzada y, sin salir de lo agrícola, podríamos encontrar zonas donde se pasó del arado romano al tractor. Me detendré un poco más en señalar, por conocerlo de primera mano, el caso de la esquila de ovejas en la península ibérica: la cuna del merino, imperio lanero de Castilla, fuente de muchas grandes fortunas y donde se podía presuponer una técnica puntera en dicha labor. He conocido a mayores que esquilaron a tijera en cuadrilla moviéndose a pie o en bicicleta. También he llegado a compartir trabajo con esquiladores mecanizados que empezaron a tijera. A pesar de que ya hacía siglos que existía la tijera de muelle (mucho menos trabajosa y más efectiva), ellos aprendieron con la de anillas y pasaron a la máquina sin experimentarla. Los mayores nunca la conocieron. Siendo la península el centro durante siglos del mundo lanero no dejó de esquilarse de manera muy rudimentaria hasta finales del siglo XX.



Igual pasó con la técnica de esquilar: tuvo que ser en Australia, con las merinas que llegaron siglos más tarde desde aquí, donde se desarrollara la técnica suelta, sin atar-desatar una a una, para ganar en todos los sentidos ahorrando en personal, operaciones pre-esquila y reducción de esfuerzo y estrés, tanto del animal al “entregarse” como del esquilador al implicar todo su cuerpo en el trabajo. Seguro que también están presentes un relativo factor conservador (no políticamente) del campesinado, así como de la semiesclavitud y otros



muchos para explicar esos pequeños-grandes “atrasos” dentro del ámbito de lo manual rural, pero no deja de sorprenderme. Me motivaba hacer este inciso de la esquila porque también me permite comentar la existencia de algunas similitudes con la técnica de la siega, de hecho no deja de ser la cosecha de la lana mediante corte.

Hoy día se podría hablar de cierto resurgir, desde prácticamente la extinción de la siega manual. Ya casi sólo se practicaba en pequeños reductos de montaña, o por gente muy mayor en general, o limitada a segar los bordes inaccesibles para los peines de los tractores, o en competiciones rurales como mencionábamos antes. Pero se van extendiendo las ofertas de talleres y cursos de aprendizaje y perfeccionamiento en países como Estados Unidos, Canadá, Austria, Alemania, Gran Bretaña o Francia. Surgen nuevas tiendas y distribuidoras (sobre todo “on line”) a veces incluso con taller de reparaciones, incluso “youtubers” con interesantísimos contenidos. Se formó también una “International Scythe Network” por parte de varios “misioneros” de la guadaña.

Más allá de esto, siéndome difícil saber a ciencia cierta la dimensión, hay países, como por ejemplo India, donde se está adoptando esta técnica por cada vez más campesinos y campesinas que o bien dan el salto desde el uso de la hoz o bien renuncian a la trampa de la mecanización, que endeudó hasta arruinar a tantas familias que desembocó en oleadas de suicidios nunca antes vistas. Quién sabe si estamos ante un resurgir de las cenizas al calor de los límites del modelo actual.

I.6 OTRAS FUENTES

Más allá de los paisanos como maestros iniciales ya veis que tengo que mencionar, aunque me pese, internet. Y digo que me pesa porque no dejo de verlo como un medio no ya ambiguo, sino dañino en conjunto si valoramos el impacto negativo y acelerador que va aumentando en todos los ámbitos, temática compleja en la que me abstengo de profundizar aquí. En cualquier caso reconozco que he encontrado (descartando mucha morralla) tutoriales y personas muy didácticas de quienes he aprendido mucho. Especialmente mirando a Europa del norte y países nórdicos, algo los Estados Unidos y Canadá, encuentro informaciones claras y estructuradas cuyas referencias aquí comparto para quien quiera profundizar y ver en acción gente expertísima por orden aproximado de interés para mí:

- Slattergubben, del sueco Janne Wester, quizá el más didáctico para mí en todos los aspectos.
- La familia Vido plasma en la web scytheworks.ca muchísima información útil también global.
- FamilyHomestead, @ndudman8, maestría en el picado a mano alzada y su explicación.
- Jim Kovalewski (“Market farming master”) combina siega con acolchados en horticultura intensiva para venta local directa.
- Christoff Schneider, permakulturschule, siega Thai Chi.
- One Scythe Revolution, @BotanAnderson, para perfeccionar sin palabras.
- Theud Bald, desde Francia aporta tutoriales también en Youtube de diversas herramientas.
- Station Lunda, The Physics of the Scythe, sistematizando desde países nórdicos.

Para consulta de textos y manuales (en inglés, aunque en francés existe algo también pero no me manejo con ello), muchas veces escritos por los protagonistas de los videos anteriores:

- “Learn to scythe” de Steve Tomlin
- Interesante apartado de “resources” en scytheconnection.com
- “The scythe: a modern tool for modern man” de Station Lunda, en formato pdf o ebook.
- “The scythe book”, de David Tresemer y Peter Vido, cuya familia tiene además un “Resource book” en scytheworks.ca
- “The scything handbook”, de Ian Miller.



BLOQUE II:

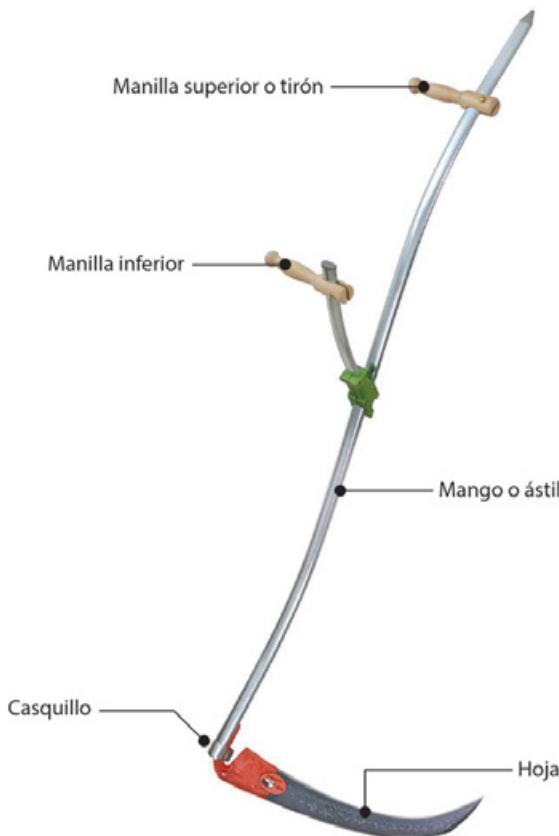
PARTES DE LA GUADAÑA Y AJUSTES PARA UNA POSTURA CORRECTA

“

“Instrumento para segar, que se maneja con ambas manos, formado por una hoja larga y curvilínea, puntiaguda por un lado y sujetada por el otro, más largo, a un mango largo que forma ángulo con el plano de la hoja, y lleva dos manijas, una en el extremo y otra en el segundo tercio del mismo.” (RAE)

“Procede de la raíz germ. WAITH- ‘cultivar la tierra’; probablemente se trata de un gótt. WAITHANEIS (plural WAITHANJOS) ‘propio de prados’, deriv. del gótt. WAITHO ‘prado, pastizal’; dicho adjetivo se latinizaría en WATANIA, de donde guadaña.” Diccionario etimológico de la lengua castellana de Corominas (s. XV)

”



II.1 EL MANGO

Tipos de mango

Existe una gama amplísima de formas, tamaños, materiales, pesos, pero sólo hay un formato, bastante rudimentario por cierto, fácil de conseguir en España. La recomendación básica es buscar (o incluso hacerlo quien sea manitas) uno de nuestra talla ya sea regulable o no, y con una disposición que “eleve” la manilla inferior por encima de la línea que va de la manilla superior a la hoja (o bien con una pieza añadida entre la manilla y el mango, o bien curvando al vapor el mango, o bien una combinación de ambas operaciones). Estas dos claves son fundamentales para conseguir una postura erguida sin doblar la espalda lateralmente, es decir, buscamos acercarnos a nuestra postura al andar, con los hombros a la misma altura. Desarrollaremos más adelante el tema de buenas posturas de siega junto con el movimiento.

Modernamente los hay metálicos, algunos de ellos muy interesantes por ser ligeros (aluminio), pero lo más común siempre fue la madera y probablemente en algún momento se producirán de fibra de carbono buscando la combinación de resistencia y ligereza. Los hay de madera sobredimensionados que podremos rebajar lijando o cepillando los cantos para ahorrarnos unos gramos (normalmente pesan alrededor de 1,3 kg). También podremos elegir un balance más equilibrado si dejamos algo de peso o prolongamos el mango. De hecho hay prolongaciones, como en un tipo de mango nórdico, que permiten implicar levemente nuestro antebrazo derecho en la dinámica de siega y además añade un poco de peso en ese extremo mejorando el balance.

Quizá nos ayude a entender esto del balance comparar cuchillos orientales, más balanceados deliberadamente hacia la hoja por hacer mangos de madera muy ligeros sólo con una pequeña inserción metálica, con cuchillos occidentales, más equilibrados entre mango y hoja al contener más parte metálica en el



mango. Indudablemente distintos balances generan distintas técnicas de corte y distintos matices en el reparto de fuerzas al trabajar, aunque para percibirlo tendremos que desarrollar sensibilidad y tomar conciencia de ello para buscar lo que mejor nos cuadre.



Volviendo al mango de la guadaña, como ya hemos visto anteriormente, suele tener una manilla para cada mano, pero hay zonas como Rumanía donde la costumbre es de una sola manilla para la mano derecha mientras que la izquierda agarra directamente el mango. O formas más antiguas que por sencillez no tenían ninguna manilla. Cada variante implica también matices en el desarrollo del movimiento y la progresión del trabajo, resultándonos unos más cómodos que otros. Esto se amplifica con la forma de la manilla, que puede ser recta, más o menos curva, acabada o no en un engrosamiento. Unos facilitarán más que otros la opción de variar levemente la trayectoria y ángulo de la hoja a la hora de salvar algún obstáculo por ejemplo.



Los hay rectos y los hay curvados, consiguiendo estos segundos que la manilla derecha esté más alta como decía al principio (esta curvatura es especialmente acusada en el caso de la guadaña estadounidense debido a la diferente geometría de la hoja). Con uno recto también se puede conseguir esta elevación añadiendo una prolongación intermedia entre el mango y la manilla (típicamente el austriaco). Pero si es recto y la manilla de la izquierda está en el propio mango nos forzará a agacharnos.

Elección del tamaño correcto

Es aconsejable tener en cuenta a qué altura queda cada manilla y la distancia entre ambas. La manilla de la mano izquierda debe quedar aproximadamente al nivel de nuestra cadera al poner el mango vertical, y la otra manilla a la altura de nuestro cuello. Por último buscaremos una separación similar a la longitud de nuestro antebrazo, es decir, apoyando el codo en la manilla de la izquierda casi tocaremos con las puntas de los dedos la manilla de la derecha.



Para praderas con condiciones óptimas tanto de inclinación como de pasto, sin obstáculos, donde podamos desarrollar movimientos amplios, probemos a ampliar un poco nuestra “talla” de mango. En realidad esta sugerencia es válida siempre, es decir, busquemos comparar sensaciones distintas al cambiar de tipo de mango, al cambiar la disposición de las anillas, al usar distintos ajustes de ángulos, distintos tamaños y formas de hoja. Desarrollaremos una sensibilidad y podremos ir eligiendo en función de posibilidades y necesidades.

Distintas maneras de sujetarlo

Como mencionaba antes, podemos modificar algo la manera de sujetar el mango si avanzamos o retrocedemos nuestras manos a lo largo de una manilla o de las dos, de manera que modificaremos levemente o bien el ángulo del mango con la hoja o bien el de la hoja con el suelo o ambos, pero esto pronto lo desarrollaremos al tratar el ajuste del ángulo mango-hoja. Hay manillas con formas que facilitan estos deslizamientos sutiles



más que otras, y especialmente importante es el acabado más grueso en el extremo de cada manilla para evitar el riesgo de que se nos resbale, como suelen ser también los mangos de las hachas, por ejemplo.

Estas posibilidades nos vendrán bien cuando nos encontremos con algún obstáculo y busquemos una trayectoria distinta levantando el mango más hacia la vertical, incluso pasando una o dos manos de las manillas al mango. O cuando haya una zona de hierba más gruesa o leñosa y queramos puntualmente levantar el ángulo de la hoja con el suelo, ya que al cortar al bies necesitamos menos fuerza.

Aprovecho para incidir en esta cualidad del corte al bies (con inclinación, más o menos cerca de los 45º) en el caso de fibras porque sucederá también al podar con tijeras o al cortar con hacha, por ejemplo. Si procedemos en perpendicular nos encontraremos con menos superficie de contacto en el corte y necesitaremos más esfuerzo. En el caso de la guadaña, de por sí, tiene una geometría sutilmente curva que ya implica un corte con inclinación en la hierba; además podremos regular ese ángulo al ajustar la hoja y profundizaremos en ello al tratar el ángulo mango-hoja.

Y si lo que nos encontramos es con algún rebrote leñoso o con alguna zona de difícil acceso por estar entre obstáculos podemos coger el mango buscando más verticalidad y por lo tanto un corte más enfocado y más al bies.

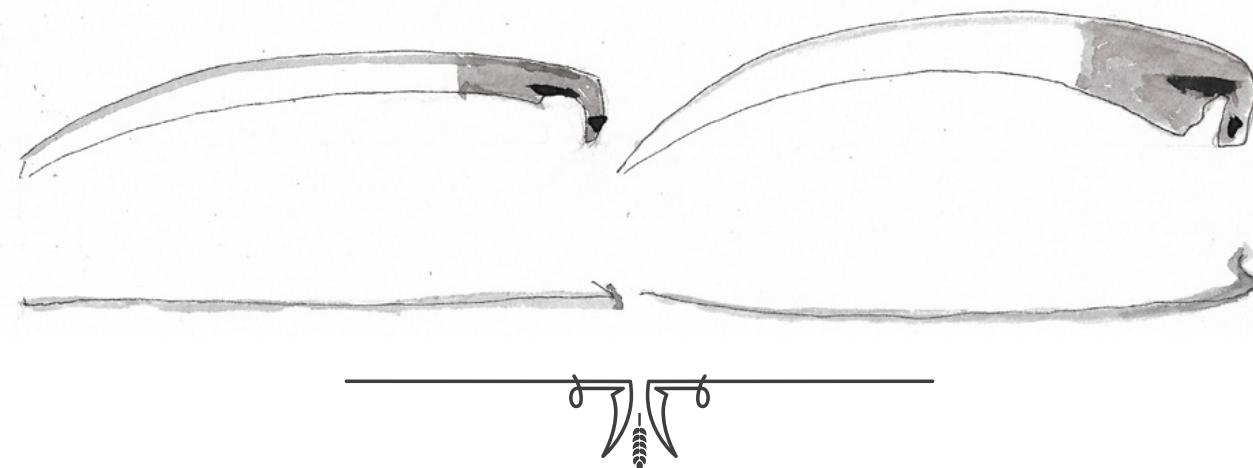


II.2 LA HOJA

Tipos según la dureza del acero

Las dos grandes familias de guadañas responden al tipo de acero, a su proceso de fabricación y a la geometría. El primer tipo, en el que nos centremos, tienen un acero más “blando”, dúctil y ligero (desde medio kilo), de manera que además de afilarse con piedra manual se “pican” en un yunque especial para estirar el metal periódicamente y conseguir así una finura extrema sin retirar metal. A esta familia la llamaremos “continental” o de tipo austriaco por ser allí donde más se desarrolló su confección y uso, aunque actualmente está conquistando las zonas donde tradicionalmente se usaba más el segundo tipo. Sigue fijarse a mangos de muy diversas formas y materiales, pero veremos el que goza de más ventajas.

Se forja a partir de una barra de acero a base de golpes, incluyendo una fase de tensionado, y su forma es compleja por incluir varias curvas y barrigas, casi como un barquito acabado en punta. Podríamos profundizar en el proceso de fabricación, los pasos, las aleaciones, los avances graduales en tecnología, pero esto sería



abrir un tema extensísimo y apasionante que de momento dejamos pendiente hasta que investiguemos más, por ejemplo, en “The Scything Handbook” de Ian Miller.

El segundo tipo es más común en Gran Bretaña y por extensión en Estados Unidos, además de en parte de los países nórdicos. Tiene un acero más duro y pesado que se quebraría si lo picásemos, así que periódicamente para recuperar la finura se pasa por la piedra de esmeril, tradicionalmente movida con pedal y humedecida continuamente. Se consigue así también un fino bisel con un corte más duradero quizá, pero tengo que decir que de momento no tuve la ocasión de comprobarlo. Seguro que la técnica de uso cambia un poco.

Carece de barrigas, es plana, en parte como resultado de estar confeccionada mediante estampado a diferencia de la continental, lo que significa que el punto de partida es una placa que pasa por distintas prensas con distintas funciones (troquelado, plegado, curvado, etc.).

Parece que aún teniendo grandes entusiastas, sus inconvenientes (mayor peso y quizá dificultad de afilado por lo aparatoso del esmeril, aunque hay alternativas modernas como el uso de una lijadora de banda por la parte redondeada, o bien una radial con disco de grano muy fino para metal) la están relegando a un uso menos extendido. Suele fijarse a un mango llamativamente curvado en forma de “S”, como veíamos al presentar los tipos de mangos, debido a la disposición del cuello de la hoja, alineado con el filo.

La realidad es que en Estados Unidos dejaron de confeccionarse en los años 60 del siglo XX y hoy día sólo se fabrican en Europa para ser exportadas, figurando en los catálogos como de gama baja a favor del modelo austriaco.

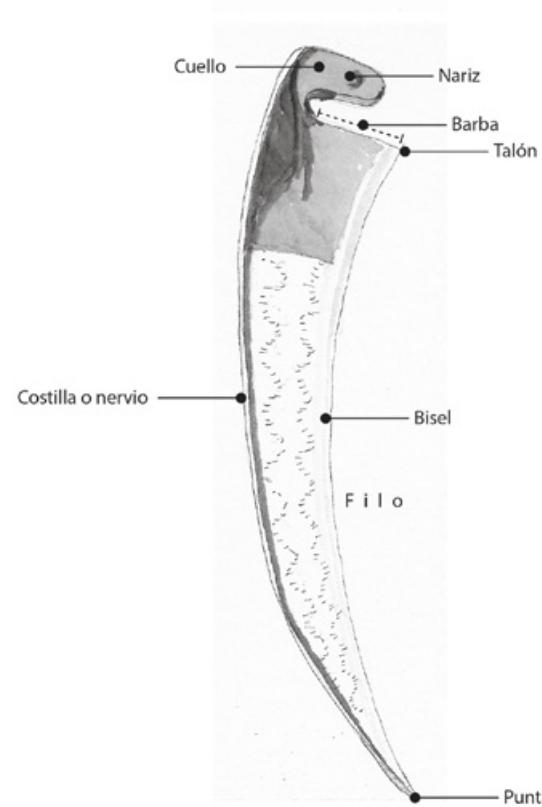
Partes de la hoja

El cuello es la parte que se fija al mango mediante el casquillo u otros métodos, y normalmente tiene un pequeño saliente, la nariz, que se introduce en una hendidura del mango para evitar deslizamiento hacia arriba o abajo.

En el filo tenemos dos extremos, la punta y el talón. La parte opuesta al filo está reforzada con un fuerte nervio, la costilla. Es notoria la barriga, esa redondez que nos permite como un balanceo tanto del talón a la punta como entre nervio y filo. Barba es el ancho entre la costilla y el talón, existiendo modelos con anchuras y curvaturas de filo variadas.

Por último nombraremos el bisel, esos últimos 4 o 5 milímetros antes de llegar al puro filo a los que podemos dar más o menos ángulo al picar y afilar en función del tipo de hierba.

Como suele pasar con las herramientas agrícolas, existen muchas maneras diferentes, localismos incluso, de nombrarlas. Y a cada una de sus partes. En el Anexo II quedan recogidos algunos sinónimos. También sucede que a veces el mismo nombre significa cosas distintas según la zona y eso genera un poco de desconcierto.



Distintas formas y tamaños

Todavía hay una amplia gama disponible en algunos catálogos (no tanto como antiguamente), así que podremos elegir para adaptarnos, más que a nuestra talla como en el caso de los mangos, a nuestra experiencia, fuerza, al tipo de hierba, al tipo de terreno.

Digamos que cuanta más pericia tengamos o más llano sea nuestro terreno de siega, más larga puede ser la hoja que manejemos, de manera que para empezar es recomendable una hoja de 65 cm. y podremos ir a más longitud según mejoremos nuestra técnica. Quizá llegue un momento en que reservemos la de 65 cm. para los perímetros, las zonas más irregulares o con obstáculos, y la de siguiente longitud (nos podemos ir a 80-90 cm. por ejemplo) para prados abiertos y llanos, especialmente si la hierba es fina, homogénea y poco densa. Ampliaremos entonces un poco nuestro ancho de calle, aunque este tiene más que ver con nuestra técnica como veremos más adelante, con la soltura de nuestros brazos bien estirados y sobre todo con el baile que lleva nuestro peso basculando de una pierna a otra. Con una de 70 cm. podremos desarrollar muy buen trabajo en cualquier caso, así que podría ser la longitud comodín.

De una misma longitud las hay de mayor o menor anchura y por lo tanto de mayor o menor peso. Implicará la necesidad de imprimir más o menos fuerza al cortar, sobre todo al comenzar el corte, de manera que una más pesada necesita más fuerza pero consigue más inercia y potencia de corte. Esto lo agradeceremos cuando el pasto sea muy denso, fibroso o incluso ya pajizo, especialmente si aún nos falta desarrollar técnica. Es el caso del aquí frecuente modelo de la marca “bellota” 2503 (22,24, 26 pulgadas...).

El extremo son los 120 cm. de longitud en las guadañas de competición, circunstancias en las que se siega agachándose más (mango más corto) en un esfuerzo explosivo a manera de “sprint”, durante no más de unos minutos.

La punta de la hoja suele acabar en un engrosamiento que a veces es especialmente notorio como un pico a manera de protección frente al impacto de obstáculos, algo que también podemos tener en cuenta a la hora de elegir modelo según el trabajo que vayamos a hacer.

Además hay una variante, el “rozón”, destinado no a segar sino a desbrozar zarzas, arbustos, rebrote de árboles, etc. Se trata de una hoja más corta (35-40 cm. aproximadamente) y a la vez más ancha y pesada, con más metal. Al trabajar más por impacto y con pases más dirigidos, hay varias consideraciones a tener en cuenta desde la manera de coger el mango y su ajuste, el afilado, la técnica... así que lo dejamos para más adelante centrarnos en él.

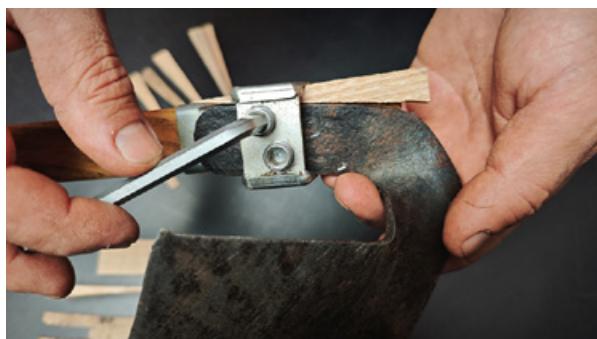
Y por último vuelvo a mencionar la guadaña de cuna para grano incluyendo un detalle en las siguientes fotos sobre cómo adaptar nuestra guadaña para ese fin.



II.3 LA FIJACIÓN DEL MANGO A LA HOJA Y SUS AJUSTES

Tipos de fijación: casquillo, cuña, tornillo

Modernamente lo más frecuente es el casquillo fijado por dos tornillos al mango. Los tornillos modernos suelen ser de cabeza con hueco hexagonal para llave allen y los antiguos de hueco cuadrado. Por cierto, un apañío para mover el tornillo cuadrado si hemos perdido su llave original es hacerla usando el pasador que une las dos manillas de una puerta (si podemos reciclar alguno) o también, a las malas, la punta del propio yunque porque suele estar forjado acabando en una punta de cuatro caras que, mejor o peor, encajará.



Idealmente, los mangos de madera tienen en su extremo una pequeña lámina o funda de metal con una pequeña apertura para insertar ahí la nariz de la espiga y que al atornillar no dañemos la madera, pero los hay que no la tienen y directamente asienta la hoja sobre la madera.

Antiguamente era más común la sujeción mediante una anilla combinada con una pequeña cuña de metal de manera que para fijarla había que martillarla hasta eliminar la holgura mediante presión. Igualmente para soltar la hoja era necesario martillar en el sentido contrario. Es un sistema menos práctico y fiable.

Existen puntualmente también modelos de hoja con dos taladros en la espiga así como en el mango y son dos tornillos los que atraviesan y fijan la hoja.

Ajuste del ángulo hoja-mango: con cuña o doblando el cuello de la guadaña

Es fundamental entender el resultado de trabajar con un ángulo mayor o menor y encontrar el apropiado para cada persona. Desconocer esto ya es garantía de fracaso, o cuando menos sobreesfuerzo y mal uso.

En los tiempos en que había guadaña en casi todas las casas de los pueblos y el del herrero era un oficio fundamental para la confección y/o arreglo de todo tipo de útiles y herramientas, era rutinario llevarle la hoja para doblar su cuello más o menos (así como un poco la punta muchas veces para evitar clavarla en el suelo). Es decir, se adaptaba de forma definitiva para cada persona por así decir, una herramienta que es para toda una vida o varias. A continuación explico el criterio y la alternativa de quita y pon.

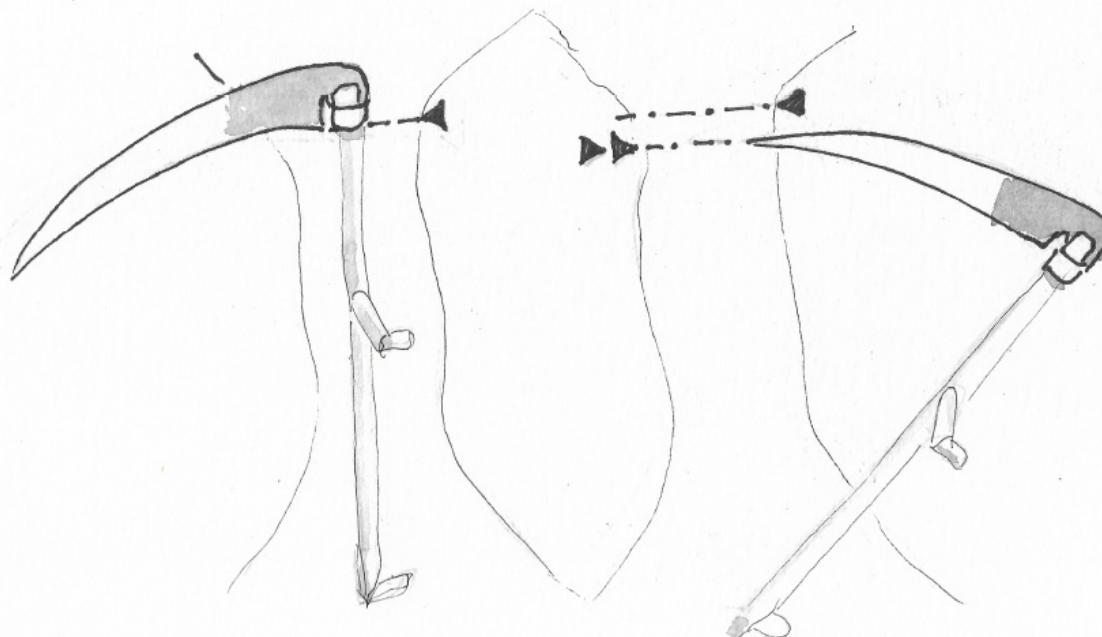
Cada pase de guadaña corta una franja en forma de arco de manera que cuanto más ancha queramos hacer esa franja más técnica y fuerza necesitaremos. Entonces decidimos el ancho de franja adecuado para nuestra situación, y oscilará entre 10, 20 o 30 cm., difícilmente más; y lo regulamos principalmente con el ángulo que demos a la hoja al montarla en el mango, acompañando cada pase de pasitos más o menos largos, exactamente de esa medida. Un ancho de franja de 15 cm. me llevará a dar pasitos de 15 cm. Desarrollaremos esto al estudiar la técnica de siega.

Si el ángulo de la hoja con el mango es prácticamente recto como suele pasar por defecto al montar una



guadaña nueva me llevará a un ancho de franja gigante que forzará la guadaña a una trayectoria más parecida a la de la hoz. Sin embargo buscamos un corte por deslizamiento, no por impacto. Prácticamente entra la punta y detrás va el resto de la hoja funcionando más como una tijera en la cual una parte es el suelo y otra la guadaña, apretadas ésta contra aquél.

Así que necesitamos alejarnos del ángulo recto cerrando la hoja hacia el mango y aquí va la manera de medirlo-ajustarlo como orientación, aunque luego probemos a modificar ángulo hasta encontrar nuestro óptimo. Apoyamos nuestra guadaña montada, vertical, sobre un poste o pared donde podamos hacer una marca a la altura de la barba (la parte del filo opuesta a la punta) y pivotamos sobre el mango, idealmente sobre la manilla de la mano derecha. Necesitaremos que la punta quede por debajo de la marca inicial 6-12 cm. según nuestra preferencia-habilidad, pero siempre por debajo. Tal y como suele venir de fábrica pasa al revés, que la punta queda por encima del talón al hacer esta operación.



Resulta algo aproximado si hacemos lo que algunos paisanos de por aquí, que estiraban el brazo derecho desde la manilla baja hacia la punta de la guadaña y su dedo gordo estirado también tenía que tocarla.

En ese punto apretaremos a medias nuestro casquillo y meteremos una pequeña cuña en el hueco que queda entre la espiga de la hoja y el borde del casquillo. Una vez que queda calzada acabamos de apretar el casquillo y así nos aseguramos una posición fija, que no se abra la hoja al trabajar (si no usamos esta pequeña cuña es muy probable que por mucho que apremos el casquillo se acabe deslizando la hoja hasta hacer tope con el borde de éste). Es importante que la cuña no sobresalga y así evitaremos rozamiento o atascos incómodos al segar.

La alternativa definitiva es doblar el cuello de la hoja como decíamos al principio. Para ello será necesario calentar al rojo el cuello con un soplete y, estando bien fijada por el nervio con un tornillo, por ejemplo, cerrar levemente el ángulo. Nos ayudará usar un tubo de metal donde entre más o menos justa la espiga para hacer palanca en la operación. Además de cerrar el ángulo hacia la punta veremos en el siguiente apartado cómo suele ser conveniente cerrarlo también hacia el talón.



Ajuste del ángulo hoja-suelo: con cuña o doblando el cuello de la guadaña

Hay otra decisión en el ajuste de la hoja al montarla sobre el mango y tiene que ver con la distancia que busquemos entre el filo y el suelo. Al segar nos deslizamos sobre el suelo, de hecho apretamos contra el suelo en el corte, siendo la barriga de la hoja la superficie de contacto. Si la superficie de contacto fuera el filo estaríamos continuamente clavando la guadaña en el suelo, en contacto con tierra o golpeando con piedrecillas, lo que haría inviable la tarea o cuando menos sería necesario estar afilando y reparando continuamente.

Orientativamente podemos pensar en una separación de 1,5 cm. y esto lo observamos desde la postura de reposo al asentar la guadaña sobre el suelo. Incluso podemos buscar un suelo llano de gravilla o simplemente de cemento o asfalto para hacer unos pases simulados dándonos cuenta de esa trayectoria deslizando sobre la barriga y llevando una pequeña separación del filo. Esos centímetros serán más o menos si el ángulo de la hoja con el suelo es mayor o menor. Si llegamos a un montoncito de tierra o a una piedra, salvo que fuese grande, entrará bajo el filo y golpeará la barriga sin dañar así nuestro corte.



Entonces en el ángulo óptimo tendremos en cuenta cómo de llano y limpio de piedras esté nuestro suelo sobre todo. Otro factor tiene que ver con nuestra habilidad y la capacidad de llegar a segar, por ejemplo, césped, necesitando para ello un corte muy muy bajo.

Con estos criterios usaremos una cuña, un poco distinta, para introducir entre la espiga de la hoja y el mango. Tendrá una muesca central para poder salvar la nariz en su inserción dentro del mango. Igual que decíamos con la pequeña cuña del ajuste hoja-mango, será importante que no sobresalga para no interferir con el deslizamiento sobre el suelo.

E igualmente tendremos la posibilidad de fijar este ángulo hoja-suelo doblando definitivamente el cuello de la hoja en dirección hacia la barba, algo que suele pedir también una hoja según sale de fábrica. No deja de sorprenderme que las fabriquen con esos ángulos tan abiertos entre la hoja y la espiga. Es cierto que el ajuste depende de la altura de la persona y la geometría del mango que usemos, pero no vi nunca el caso de que fuera innecesario.





BLOQUE III: CONSEGUIR UN FILO EXTREMO

“ De momento ya he escrito bastante. Me zumba la cabeza. Voy a coger mi guadaña nueva, cuidadosamente hecha para mí a partir de madera de arce sacarino, un hermoso objeto en sí mismo, al que puedo quedarme mirando durante horas. Voy a agarrarla y a salir a buscar alguna hierba que segar.

Voy a cortar grandes franjas de hierba, el filo brillando a través de la vegetación, dejando elegantes hileras onduladas detrás de mí. Voy a avanzar siguiendo el terreno, vaciando mi cabeza, manejando la tierra no como un dios sino como un arrendatario. Voy a respirar el todavía aire puro y a escuchar los pájaros que aún cantan y a reflexionar sobre el hecho de que la tierra es más vieja y más dura que la máquina que la está devorando -que es, de hecho, más resiliente que frágil- y que el cambio, cuando llega, lo hace rápidamente, y que el conocimiento no es lo mismo que la sabiduría.

Una guadaña es una herramienta antigua, pero ha cambiado a lo largo de sus miles de años de existencia, ha cambiado y se ha adaptado lo mismo que lo han hecho los seres humanos que la empuñan y la hierba que siega. Como un microchip o una máquina de combustión, se trata de una tecnología que nos ha permitido manipular y controlar nuestro medioambiente, y acelerar el ritmo de esa manipulación y ese control. Una guadaña es también una trampa del progreso. Pero es lo suficientemente limitada en su velocidad y utilidad como para permitir que ese control sea ejercido de manera que resulte comprensible para los seres humanos y que se les pueda responsabilizar de él. Es una solución intermedia que podemos manejar, tanto como somos capaces de manejar; una etapa del viaje que todavía podemos entender.”

Ecología Oscura. Buscando certezas en un mundo pos-verde. De Paul Kingsnorth, 2013.

III.1 PICADO: TIPOS DE YUNQUE Y GUÍAS, FORJA EN FRÍO, REPARACIONES

Cuando estrenamos una guadaña, puesta a punto

Antes de cortar con una hoja nueva hace falta su puesta a punto aunque en la etiqueta ponga “lista para usar”. De hecho podemos comprobarlo estrenándola tal cual llega para darnos cuenta, habiendo hecho, eso sí, los ajustes vistos en el bloque anterior.



Suelen llegar con una pintura o laca de color en la parte ancha de la hoja y la verdad es que no sé por qué, a no ser a modo de precinto o garantía de que es nueva. Hace falta retirar con cuidado esa pintura raspándola por ejemplo con la base de algún mango de madera o con un destornillador plano. Si usáramos la piedra de afilar probablemente se incrustaría la pintura.

Hay casas que dan la opción de compra incluyendo el primer picado y afilado, con un coste extra por supuesto, y otras que no. Así que por defecto es necesario hacerlo antes de su primer uso. Puede dar un poco de susto, podemos pensar que vamos a empeorar el filo si aún no tenemos práctica con estas operaciones. Adelante, iremos mejorando poco a poco y si hacemos alguna irregularidad, casi seguro que no va a ser grave y en cualquier caso es imprescindible un buen picado y afilado porque si no, aunque tengamos buena técnica, no podremos segar a gusto nunca.

Varias veces escuché la recomendación de empezar practicando con hojas viejas, o de las muy desgastadas, por si acaso. Podemos hacerlo si disponemos de alguna pero la sensación será distinta y es importante tener también la que da trabajar sobre una geometría uniforme como la de una guadaña nueva o muy bien mantenida. En cualquier caso, si vamos a segar con la nueva además de con la vieja, necesitaremos picar ambas por exigencias del “guión”. Y también se aprende de las equivocaciones para no volver a cometerlas, forman parte del proceso incluso para gente con capacidades extraordinarias.

Estirando el metal con precisión

Recordemos que nos estamos centrando en la guadaña de tipo austriaco o continental, caracterizada por ser de un acero ligero y flexible, dúctil, que necesita periódicamente la operación que vamos a ver a continuación. Se trata de afinar el filo para conseguir un bisel de ángulo mínimo, una resistencia al cortar mínima, golpeándolo con un martillo sobre un yunque (recomendado el uso de cascos para protegernos del ruido). Lo que continúa es aplicable tanto al picado a mano alzada como al picado con yunque de casquillos, ambos métodos desarrollados después.

El resultado que buscamos es estirar el metal del borde del filo, sacarlo de nuevo hacia afuera aplanándolo uniformemente, sin generar dientes, ondas ni fracturas si es posible. También endurecemos el metal con el picado al comprimir las moléculas que lo constituyen. Si suceden pequeñas irregularidades nos tranquilizará pensar que con el desgaste tanto por uso como por sucesivos afilados, recuperaremos metal “nuevo” y los defectos irán desapareciendo. Es muy difícil dañar gravemente una hoja si entendemos lo que buscamos; por otro lado veremos cómo hacer algunas reparaciones.

Encontraremos nuestra cadencia en los golpes y la fuerza con la que sintamos precisión y seguridad, al principio más lento, suave y después ganaremos velocidad y fuerza. Buscamos un golpe idéntico cada dos milímetros aproximadamente (400-600 golpes para cada pasada completa dependiendo de la longitud de nuestra hoja) y que caigan todos en la misma línea. El golpe cae siempre con la misma trayectoria y es la hoja la que se va deslizando sutilmente a la vez que bien sujetada y asentada sobre el yunque.

Está bien asentada cuando hace una perpendicular con el yunque, tanto del filo al nervio como entre el yunque y la línea del filo; y no hay ninguna pequeña separación entre hoja y yunque a lo largo de los 3 o 4 cm. que tiene de ancho el yunque. A veces se nos va la inclinación, se separa levemente la hoja por algún lateral y rápidamente nos va a avisar el sonido discordante, de repente una nota más grave.

Por lo tanto, si la hoja se balancea al deslizarse significa que no está bien asentada al recibir el golpe y el efecto no será el deseado, así que encontraremos maneras de fijarla incorporando:

- Una rodilla cuando estamos en la punta, las dos rodillas cuando estamos picando la zona central, y la otra rodilla cuando llegamos a la barba.
- El antebrazo para hacer tope o pinzar la hoja cuando podamos.



- Todos los dedos de la mano sujetando la hoja casi hasta llevar las yemas a la zona que estamos martillando.
- El dedo índice puede llegar en algunos momentos del proceso a apoyarse en el yunque unos centímetros por debajo de la hoja, de manera que ayuda a pinzarla.
- Un deslizamiento gradual para que no golpeemos más veces en un punto que en otro, lo que puede dar lugar a abombamientos o irregularidades en el filo.

Para todo lo anterior es un alivio conseguir relajación en cada gesto, sujetar sin apretar demasiado, deslizar suave sin trompicones, respirar libres al ritmo del proceso. Es normal aprender desde la tensión y abrumar tantos factores a tener en cuenta, tantos detalles a coordinar. Luego nos vamos desatascando, cada cual a su ritmo porque no todas las personas tenemos las mismas habilidades.

Necesitaremos por lo tanto mucha concentración y atención al picar, así que necesitaremos reservar tiempo suficiente y un espacio cómodo si es posible y adecuado. Será muy importante poder ver las marcas de cada golpe, los sutiles cambios que van sucediendo en el metal, escuchar el sonido, valorar al tacto nuestra progresión. Es decir, que esta tarea nos pide implicar prácticamente todos nuestros sentidos. ¡Hasta el buen gusto!

Entre todos estos esfuerzos, más difíciles sobre todo al principio, hay pequeñas claves o trucos que nos pueden facilitar la tarea:

- Insisto en evitar las prisas reservando como mínimo media hora o más al iniciarnos.
- Iluminación: para ver la marca de cada golpe evitaremos luz directa, tendremos que buscar más bien una sombra donde ir probando en qué orientación conseguimos el reflejo necesario. También nos iluminará limpiar bien el metal pasándole primero un paño y luego una lija, idealmente un bloque de lija, porque al tener esponja en el interior permite adaptarse a las curvas.
- En caso de que nos cueste ver esas marcas podemos probar algún truco como mojar de vez en cuando la parte del martillo con que golpeamos o pintar con rotulador permanente el filo y observar el efecto una vez seca la tinta. Esto mismo podemos hacerlo con el martillo y observar tras pintarlo si conseguimos golpear siempre con la misma zona de la cabeza (esto en el caso de yunque tradicional).
- Postura: era frecuente ver a los paisanos en el suelo con el yunque entre las piernas o en algunas zonas tumbados si picaban sin desmontar el mango; pero clavarlo en el suelo conlleva varias incomodidades, que se hunda el yunque... agradeceremos preparar un caballete o un simple tronco donde clavar elevado el yunque a la altura correcta: estando



sentados las rodillas nos quedan a la altura de la hoja cuando está apoyada en el yunque y las podremos usar para conseguir más estabilidad-fijación y por lo tanto, precisión.

- Martilleado: por supuesto todo tiene su técnica y golpear con un martillo también, así que este consejo probablemente le sobre a un carpintero porque al picar la guadaña estamos como clavando un clavo “eternamente” sin que éste entre en la madera; podemos llegar a hacer la misma labor con menos esfuerzo si pensamos en acompañar la caída del martillo tras levantarla, dirigir la trayectoria (siempre la misma al ser la guadaña la que movemos) movilizando codo y bloqueando hombro, pero sobre todo, relajando la muñeca y sujetando el mango lo justo, sin más tensión de la necesaria. Podemos probar a coger el mango más arriba o más abajo, comparar sensaciones y elegir nuestro sitio.

Una precaución a tener con martillo y yunque es usar sus superficies de golpeado sólo para su función. Por ejemplo al clavar el yunque en madera, poniendo una tabla entre él y el martillo, o golpeando el yunque en el saliente lateral que a veces tiene. Si queremos golpear con nuestro martillo de picar podemos hacerlo usando su costado. Así evitamos deformaciones, aunque sean mínimas, en las superficies con las que buscaremos perfección al estirar metal.

Yunque tradicional a mano alta: primer hilo con golpe en arco y segundo hilo con golpe vertical

Esta es la manera tradicional, la más difícil, sobre todo sin incorporar algunos tipos de soportes a los yunque. La mayoría de la gente con guadaña tenía su juego de martillo y yunque pero muchas veces le pedían a algún familiar o vecino más experto picarla, al menos de tarde en tarde. No a todo el mundo le sale igual de bien y siempre se puede mejorar, tan fina y sutil es esta labor comparable a la de relojero quizás en algunos sentidos.



En la península ibérica estamos acostumbrados a ver el yunque alargado con una mitad para clavar en el suelo y la otra para dejar hueco suficiente a la pierna al estar sentado (o tumbado como en alguna zona donde se acostumbra a picar sin desmontar la hoja, como decíamos); hacia Europa es más normal el pequeño yunque del que sale una pequeña parte fina para clavar o insertar en alguna base, pensados para trabajar en alto, al menos sentados en una silla. Esta segunda manera es la recomendación que antes decía, sea como sea nuestro yunque, es cuestión de adaptar la altura de nuestro tronco o caballete y pensar que es su sitio definitivo, porque nos costará sacarlo...



Aunque normalmente situaremos el yunque vertical, podemos probar a darle un poco de inclinación y valorar si nos resulta más cómodo o no: con un poco de inclinación hacia adelante para facilitar la mirada hacia abajo, de manera que si nos imaginamos clavando un clavo como decía antes, no lo estamos clavando vertical sino un poco inclinado hacia nuestro cuerpo. Para estar bien asentada la hoja entonces estará perpendicular al yunque pero no al suelo, es decir, estará también un poco volcada hacia afuera. Y si martillamos con la mano derecha podemos situar el yunque además de inclinado levemente adelante, un pelín girado (contra el sentido de las agujas del reloj) hacia el hombro derecho para facilitar un gesto más cómodo.



Por cierto, ahora que saco el tema de la diestra, existen hojas y mangos para personas zurdas aunque sean un poco más difíciles de



encontrar. Aunque me temo que la gran mayoría de ellas acaban (¡otra vez!) adaptándose a la mano derecha. Lo óptimo para equilibrar las tensiones sería trabajar unas veces con la derecha y otras con la izquierda, aunque diremos que la guadaña es de las herramientas que piden incorporar equilibradamente todo el cuerpo en el esfuerzo como veremos en el siguiente bloque.

Hay dos variantes de yunque tradicional: plano ancho o fino curvo, igual que el típico martillo de picar que es “plano” redondo por un lado y fino por el otro. Según el tipo que tengamos golpearemos la guadaña por una lado u otro. Mirando la guadaña montada vemos la cara superior de la hoja, que es la que tiene bisel en el filo, mientras que la cara de abajo, la que se desliza sobre el suelo, es plana (aunque con barriga) hasta el final del filo. Entendamos entonces cómo la parte plana, la cara de abajo, será golpeada por lo plano, ya sea yunque plano o martillo “plano”. Y el bisel estará en contacto con la fina, ya sea el yunque fino o la parte fina del martillo.

Para aclarar este pequeño lío, si tenemos un yunque plano asentaremos en él la guadaña como la vemos desde arriba cuando está montada en el mango. Golpearemos con la parte fina del martillo a lo largo del bisel imaginando que al hacer un pequeño carril estamos estirándolo hacia afuera.

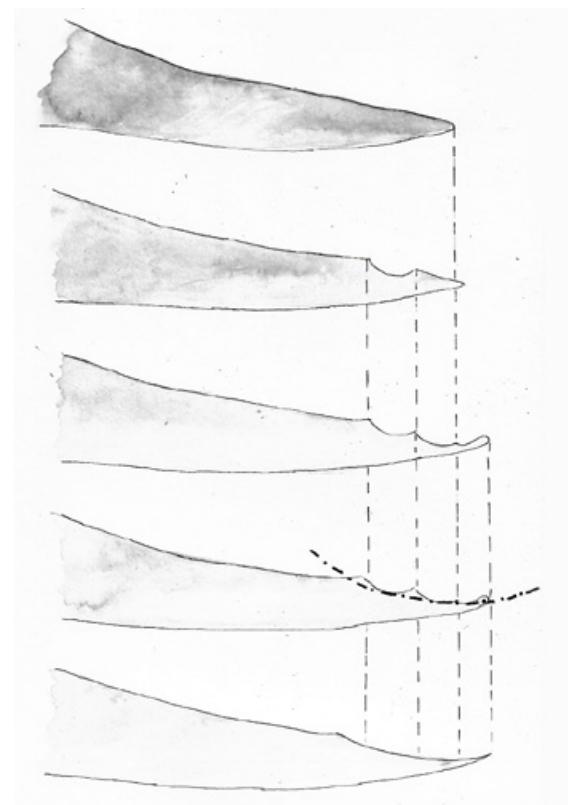
Es más común, quizás por resultar menos difícil, ver el yunque fino curvo de manera que asentamos sobre él la guadaña al revés que antes, viendo nosotras la parte plana de la hoja, la que se desliza sobre el suelo. Y golpearemos con la parte “plana” del martillo (en realidad el centro que golpea está levemente curvado).

En ambos tipos de yunque buscamos el mismo efecto de sacar metal estirándolo por igual. Lo estiraremos más cuantas más veces lo piquemos (sin pasarnos, como veremos) y cuanto más adentro hagamos líneas sucesivas. Es decir, podemos picar sólo el puro borde, el último milímetro, o ir más adentro recorriendo el siguiente milímetro y luego el otro. Para ello en cada pase desplazamos ese milímetro hacia afuera la hoja y hacemos un “carril” después de otro en el bisel. Cuanto más finura mejor corta pero más frágil es el filo y esto lo relacionaremos con el tipo de trabajo a hacer, es decir, más fino y ángulo menor si se trata de hierba fina, fresca y poco densa o por el contrario ángulo mayor para pasto más grueso o seco en un terreno irregular. Por otro lado, dependiendo de nuestra experiencia y pericia bastará con una pasada para cada “carril” o serán necesarias más.

Hay dos tipos de gesto en función de la zona del bisel: un martillado con salida hacia adentro, hacia nuestro cuerpo, como deslizándose; y otro que acaba en la hoja, más impacto, el que antes comparaba con clavar un clavo.

El primer tipo de martillado lo aplicamos en el puro borde, deslizando, como queriendo arrastrar metal, y para ello bloqueamos nuestro codo y enviamos movimiento desde el hombro. La trayectoria no es recta sino haciendo un suave arco.

El segundo martillado en las líneas sucesivas sí tiene una trayectoria recta y tiene más el efecto de aplastar metal llevando una parte a lo que ya habíamos picado, compactando y reforzándolo. Aquí lo que bloqueamos es el hombro y enviamos movimiento desde el codo.





Existen variantes de yunques que incorporan distintos apliques para sujetar mejor o guiar con más facilidad el progreso del picado. Todos ellos pensados para insertar en nuestro caballete o tocón para ello preparado.

Para acabar contemplaremos dos posibilidades sobre por dónde comenzar el picado. Se puede empezar tanto de la punta a la barba como al revés, pero quizás hay un sutil arrastre hacia la derecha en cada golpe si usamos la mano derecha y esto invita a empezar por la punta para ir progresando casi automáticamente hacia la barba. Nos ahorraremos un poquito de esfuerzo para deslizar la hoja y nos centramos en sujetarla asentándola bien. Es cuestión de probar sensaciones.

Recordaremos cómo lo más difícil suele ser precisamente la punta por la mayor inestabilidad, tenemos apoyado un extremo de la hoja y el resto en el aire. Puede ser una buena idea cuando estamos aprendiendo comenzar picando el tercio central, de manera que la sujeción es más fácil incorporando las dos rodillas, una en cada extremo.

Yunque moderno de émbolo y casquillos

Este moderno sistema simplifica enormemente el proceso descrito antes, aunque los expertos defienden la mano alzada como capaz de un mejor acabado. Yo sólo le veo ventajas, sobre todo cuando





estamos empezando, porque aprender a cortar cuando aún no sabemos picar y afilar bien se complica. Es al buscar matices, sutilidades, y al encontrar el gusto de trabajar a mano alzada, cuando tengo más alicientes para periódicamente usar el yunque tradicional. Es todo un reto.

Viene también preparado para insertar o clavar en algún orificio y lo usaremos de manera que situamos la hoja con la parte plana hacia abajo en contacto con la zona plana y circular del yunque y la parte del bisel hacia arriba, de manera que entra entre el yunque y el casquillo teniendo como tope el fino cilindro sobre el que va el casquillo.

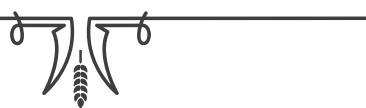
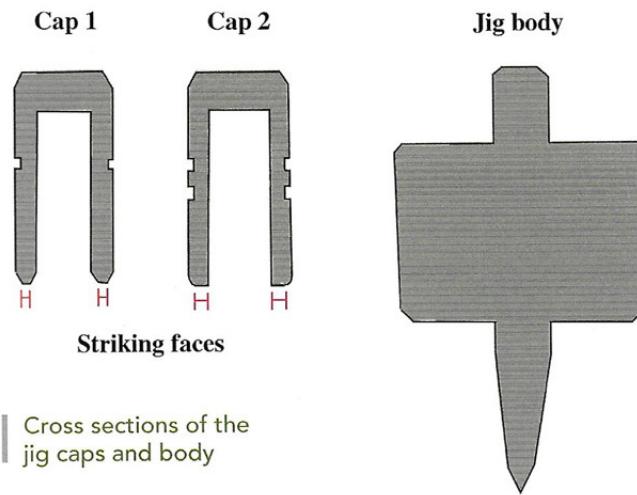
Estando bien asentada la hoja como describíamos antes, golpearemos sin miedo el casquillo primero para hacer un primer carril en el bisel al deslizar aquella milímetro a milímetro. Entonces cambiaremos al segundo casquillo, que tiene una base más redondeada, para hacer el segundo carril y conseguir así un efecto similar al que veíamos antes de estirar metal, pero en vez de cambiando el tipo de martillado cambiando de casquillo. El gesto con el martillo aquí va a ser siempre el mismo, en vertical, y ya con menos necesidades de cuidado con las superficies que golpeamos porque lo que trabaja es la parte inferior del casquillo contra el yunque, no el martillo contra el yunque.

La muesca que hace cada golpe seguramente nos resulte más visible con este método, y por supuesto siempre es recomendable ir observando cómo es la progresión con pequeñas paradas de revisión. Sigue siendo necesaria la limpieza-lijado previo, por supuesto, y nos facilitará distinguir el efecto de cada casquillo.

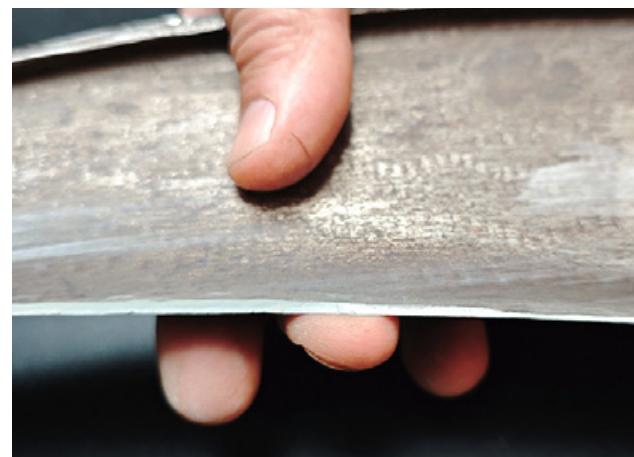
Cómo saber cuándo hay que volver a picar: desarrollar sensación de corte, al tacto, visualmente

A medida que vamos segando, nuestro filo va haciéndose romo y cada vez que afilamos con la piedra, desgastándose. El ángulo del bisel va siendo un poquito más amplio tras cada afilado. Vamos comiendo el metal que habíamos estirado afinándolo, hasta que llega un momento unas horas después de segar en el cual necesita volver a ser estirada. Cuanta más pericia tengamos más nos durará el picado: 3, 4, 5 horas de corte. En esta duración también influye, como veremos, la destreza al afilar con la piedra.

La experiencia nos dará pistas, por la sensación de más dificultad al cortar, de que llegó el momento. De todas formas suele venir bien cuando estamos iniciándonos, picar después de cada mañana de trabajo.



Además hay señales visuales y al tacto.



Visualmente podemos hacer presión en el filo desde el bisel con la piedra de afilar, deslizándola con presión, y ver cómo cambia el brillo indicando cierta flexibilidad, es como ver una onda moviéndose a lo largo del filo. También podemos hacerlo con el mango del martillo o incluso la uña de nuestro dedo gordo. Buscamos ver esa flexibilidad sólo en el último milímetro aproximadamente (si lo que se abomba es un centímetro o más hacia adentro de la hoja significa que está demasiado estirado el metal y de manera irregular). Así que cuando ya no tenga esa pequeña flexibilidad hemos perdido la finura extrema y necesitamos repasar picando.

Al tacto podemos desarrollar sensibilidad de dos maneras. Una es tocando con cuidado el filo, o bien con la yema, o bien con el dorso de algún dedo, y sintiendo cómo es la sensación cuando corta muy bien y cómo va cambiando cuando va cortando menos. Es importante, sobre todo al principio, tomarse el tiempo de vez en cuando de recorrer el filo sintiéndolo, observándolo.

Otra manera es pinzando el bisel entre el dedo gordo y el índice observando la sensación al deslizarlos hacia afuera, al sentir cómo de fino es el filo según voy de lo grueso a lo finísimo. Guardemos en nuestra memoria esas sensaciones en el transcurso de nuestra labor.

Reparaciones de mellas, grietas u otros defectos

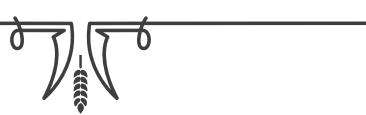
Es normal en el transcurso de la siega golpear algún obstáculo, ya sea una piedra un tocón o cualquier otra cosa, y dependiendo de la gravedad podemos actuar de una manera u otra aprovechando la relativa flexibilidad de nuestra hoja.



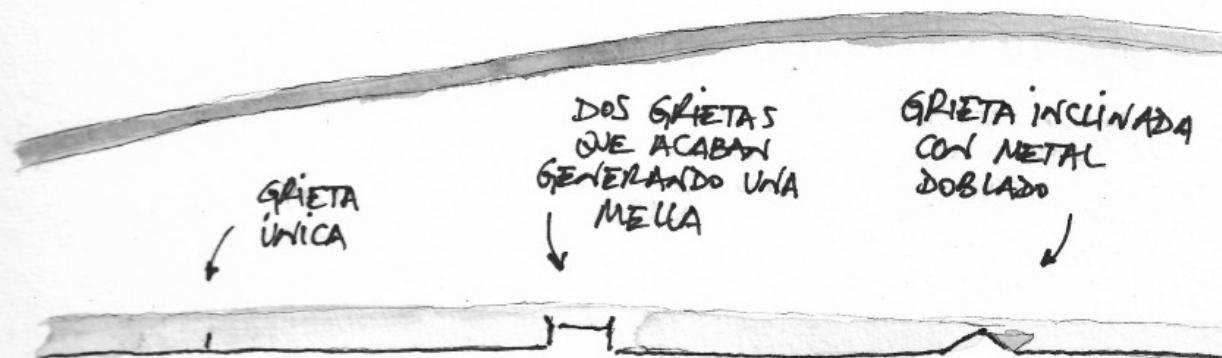
A veces suceden pequeñas dobleces visibles a simple vista, el filo se sale de su sitio y podemos, en un momento, rectificarlo con la piedra de afilar. No será comiendo metal sino usándola para presionar a la vez que deslizamos a lo largo del doblez hasta que recupere su forma original. Este gesto con la mano derecha lo controlaremos bien en la posición de afilar con la hoja a la altura de nuestro esternón. Pinzaremos la hoja entre el dedo gordo y la piedra de manera que podemos hacer palanca y doblar el metal deslizando la piedra de canto a lo largo de ese centímetro aproximadamente.

También podemos reparar esos dobleces martillando en nuestro yunque, como haremos con daños más graves descritos a continuación.

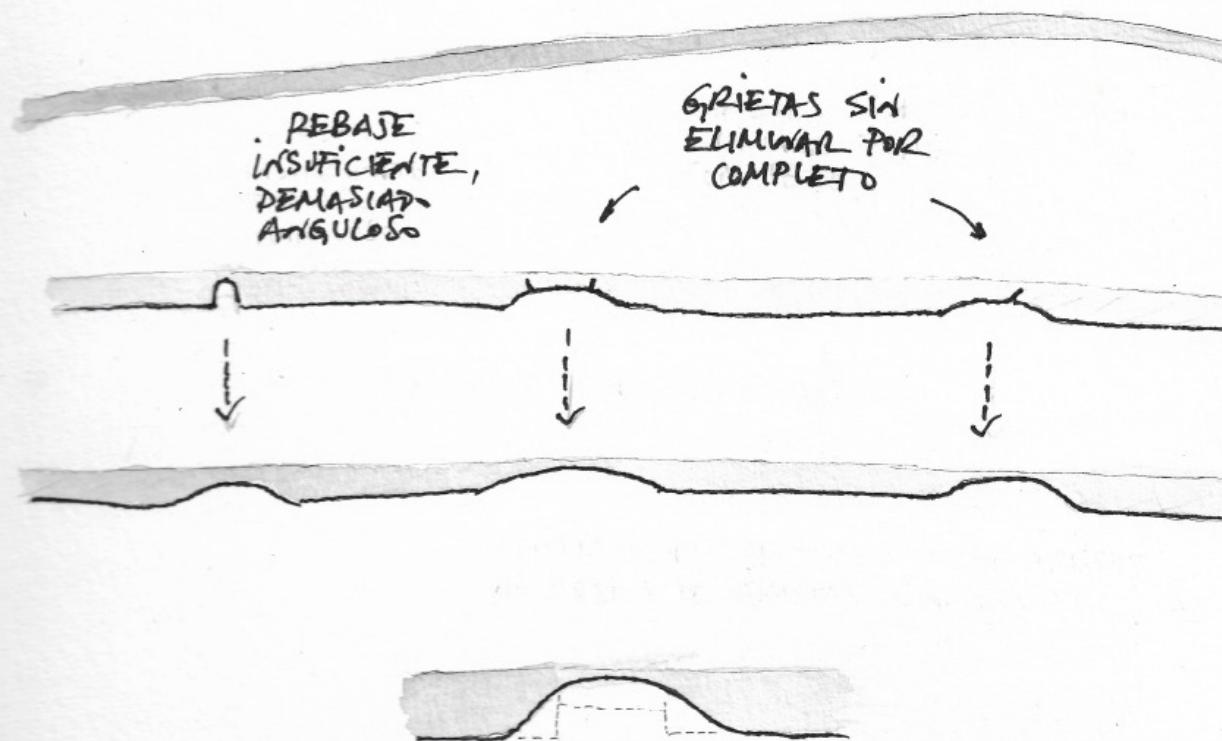
Golpes más fuertes pueden llegar a partir algún trozo de metal en el filo y entonces tendremos una mella más o menos grande, o alguna grieta, para lo que aplicaremos lo aprendido acerca del picado y esa posibilidad de sacar metal. Primero suavizaremos el defecto usando una lima redonda o de media caña en perpendicular comiendo un poco las aristas de esa mella y evolucionando a un entrante en forma de media luna; luego picaremos localizadamente esa media luna repetidas veces empezando a sacar metal desde un par de milímetros adentro.



REPARACIÓN DE DAÑOS: LIMADO Y PICADO (APROX 1:1)



Ⓐ FASE DE LIMADO: EJEMPLOS DE ERRORES Y CORRECCIÓN



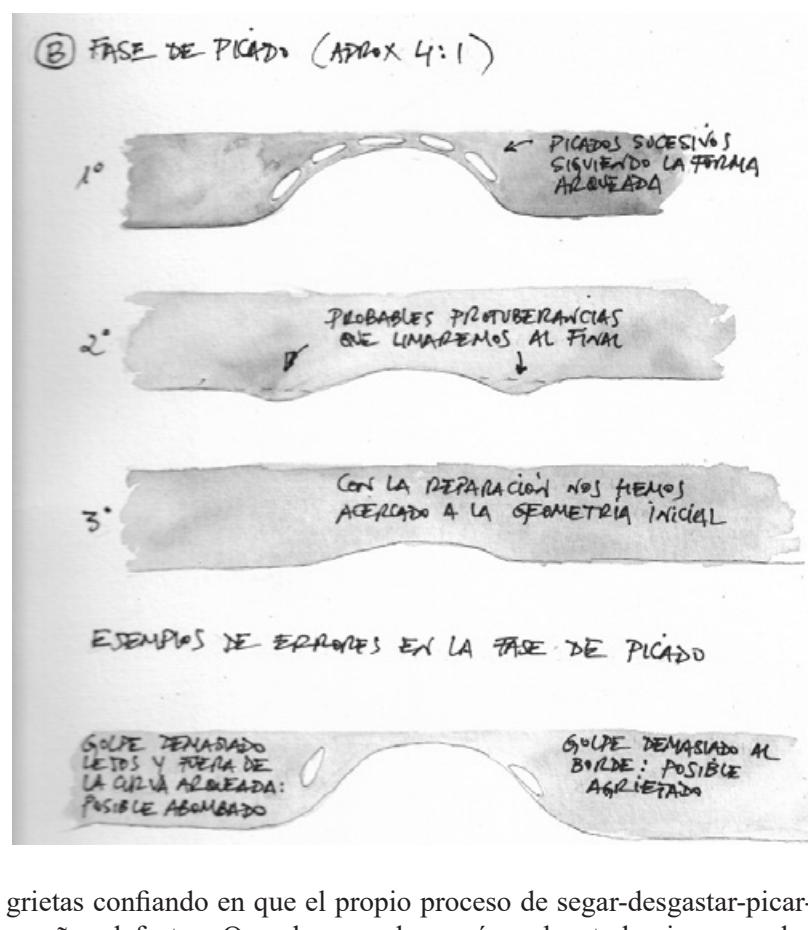
LIMAMOS SIN DEJAR ARISTAS NI RESTOS DE GRIETAS, SINO SUAVES CURVAS



Es muy difícil restaurarlo a la perfección en una primera intervención así que podemos confiar en hacerlo en dos veces, sobre todo si el daño era grande. Al sacar metal para llenar ese entrante de media luna puede quedarnos un filo algo irregular pero podremos corregir el exceso de estirado retirándolo con la lima plana y veremos cómo al afilar posteriormente durante la siguiente siega vamos acercándonos a la línea original.

Esta operación la podemos hacer tanto con el yunque tradicional a mano alzada como con el moderno yunque de casquillos que hemos visto descrito antes.

Si el daño ha sido una grieta podemos hacer un rebaje menor usando una lima más bien del tipo motosierra y luego proceder igualmente a sacar metal, aunque yo reconozco que suelo continuar segando sin reparar pequeñas grietas confiando en que el propio proceso de segar-desgastar-picar-afilar-desgastar acaba reparando esos pequeños defectos. O acaban yendo a más, sobre todo si surgen dos grietas cercanas y se acaba partiendo el metal debilitado entre las dos formándose una mella.



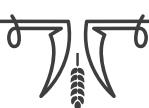
III.2 AFILADO PRE SIEGA

Nociones básicas de filos, brillos, rebabas

Es importantísimo entender qué hacemos cuando afilamos para poder hacerlo apropiadamente e ir mejorando. Intento aquí una introducción que podéis ampliar consultando entre otros mi “Manual de Afilado de herramientas varias” (como os decía en el Bloque I, podéis contactar conmigo en el correo electrónico m_berbel@hotmail.com para solicitarlo gratuitamente en pdf).

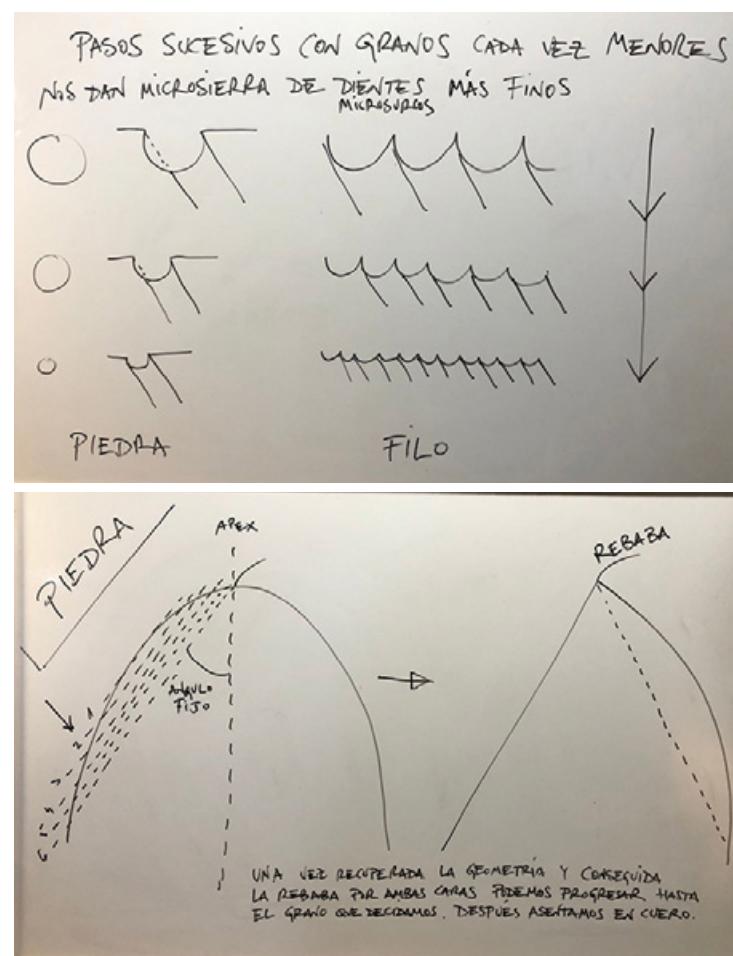
Afilar consiste en cortar metal (con una piedra, esmeril, lija...) para recuperar una geometría triangular tras haberse redondeado o deformado nuestro filo. Normalmente trabajaremos sobre un bisel final de un milímetro aproximadamente y al deslizar un cuchillo por ejemplo sobre la piedra de afilar vamos haciendo microsurcos en el metal hasta llegar al ápice, el eje central. En ese momento el metal que arrastramos genera una rebaba y ésta nos indica que ya hemos llegado adonde necesitábamos. Salvo que el cuchillo sea de un solo filo, tipo japonés, giraremos para trabajar sobre el otro bisel buscando de nuevo retirar metal para recuperar la planitud y llegar al ápice por el otro lado.

Observando el brillo generado con las pasadas sucesivas (por cierto, estando bien fijada la piedra en una superficie horizontal) tendremos pistas sobre si estamos afilando en el ángulo deseado, en todo el filo por igual, si nos queda mucho o poco para llegar a sacar la rebaba...



De nuevo llegamos a apreciar la rebaba, así que ya tenemos de nuevo una geometría triangular cuyo ángulo habremos podido decidir. Cuanto mayor sea, más resistencia ofrecerá aquello que queramos cortar pero más sólido será (apropiado para cortar cosas duras o con huesos-raspas...) y al revés. Es una decisión.

Visto con una buena lupa o incluso microscopio veremos cómo el filo tiene forma de microsierra y sus dientes serán mayores o menores en función del grano con el cual terminemos el proceso del afilado. Me parece muy esclarecedor ver imágenes incluso de microscopio electrónico, para lo que os sugiero consultar la web www.scienceofsharp.com. Granos gruesos de, por ejemplo 400, comerán metal rápido y dejarán una microsierra mayor, un buen corte pero algo basto. En la medida en que vayamos a grano más fino de, por ejemplo 1000 o 3000, en pasadas sucesivas iremos haciendo microsurcos cada vez más pequeños y generando una microsierra cada vez más cerca del filo perfecto con un corte más limpio cada vez.



Cuando demos por acabado el afilado retiraremos la rebaba primero con unos pases suaves de la piedra por el lado contrario al que hemos afilado y luego en el cuero para que se queden allí retenidas las rebabas más pequeñas y pulidas las imperfecciones más leves. En esta operación no queremos seguir retirando metal del bisel, sólo arrastrar esos microfilamentos y quizás pulir sutiles imperfecciones sólo visibles al microscopio.

Nos dará muchas pistas la prueba del corte en un folio de papel. Iremos comparando la progresión, antes de afilar, y según pasamos de un grano a otro, al retirar la rebaba y finalmente al pasar el cuero.



Imprescindible hidratar las piedras de afilar antes y durante el uso para evitar su colmatación. Entre los granos abrasivos quedan poros que se llenarán de microvirutas metálicas si no los hemos llenado de agua (o de aceite en el caso de piedras al aceite). Si las usamos en seco acabamos generando una superficie incapaz de comer metal, ya que acaba deslizándose metal sobre virutas de metal.



Otro factor que menciono es el tipo de curva del filo, que puede ser convexa como en la mayoría de los cuchillos o cóncava como en la hoz por ejemplo. Para deslizar un filo convexo sobre una piedra ésta será plana, pero para un filo cóncavo necesitaremos una piedra que se adapte a esa curva como por ejemplo la típica piedra ovalada de guadaña usada por el canto, nunca la parte plana.

Estamos afilando un peculiar filo cóncavo de un solo bisel

Simplificando podríamos comparar la hoja de la guadaña con un gran cuchillo japonés de un solo filo, o con la hoja de una tijera: tenemos un solo bisel en la parte donde picamos apoyando en lo curvo ya sea del yunque o martillo tradicionales o del casquillo en el yunque moderno. La otra parte es “plana” en el sentido de que no tiene un bisel a afilar.

Con esta geometría conseguimos dividir por dos el ángulo del bisel y por lo tanto reducir mucho la resistencia del corte. Si afilásemos el filo de la guadaña por los dos lados, sacaríamos un doble bisel, que sería más resistente pero menos cortante.

Lo peculiar es que no hay ninguna planitud ni rectitud en la hoja de la guadaña, ya que tiene su barriga entre el filo y el lomo así como entre la punta y el talón. Y además su filo no es recto sino levemente con curva cóncava.

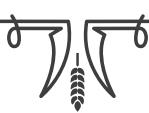
Afilando después del picado

Después de picar, antes de montar la hoja en el mango, es importante un afilado vigoroso con la o las piedras de afilar. Es más fácil hacerlo fijando la hoja ya sea en un tornillo, bien asentada sobre alguna superficie a una altura cómoda o apoyando la punta en algún madero. Bien agarrada la hoja por la espiga con la mano izquierda, podremos aplicar bastante presión al deslizar la piedra con la mano derecha hasta conseguir rebaba.

Tendremos una estupenda guía en el nervio o costilla de la hoja, de manera que la piedra se desliza apoyada sobre éste a la vez que sobre el bisel del filo avanzando unos 8-10 cm. en cada pasada. Para este afilado sujetamos la piedra como si fuera un cuchillo quedando nuestros dedos dentro de la piedra de manera que nunca nos podremos cortar. A veces es hasta visible el “escalón” que queda entre un carril y otro, especialmente al picar con el yunque de casquillos, y será visible el brillo al rebajarlos con la piedra al afilar. Con ello habremos conseguido reducir también la resistencia del corte.

Habremos conseguido sacar rebaba; se nota muy bien pasando la yema de algún dedo por la cara opuesta en perpendicular al filo con mucho cuidado. Nos indica que llegó el momento de o bien pasar con una segunda piedra más fina, con lo que obtendremos una rebaba más sutil, o bien de retirar esa rebaba para que no interfiera luego con la siega.

Para quitar la rebaba hacemos unas pasadas más livianas por la cara “plana” de la hoja y sin darle ángulo, es decir, bien asentada sobre la hoja para simplemente arrastrar los pequeños filamentos metálicos también llamados “pestaña”. Esto podemos hacerlo o bien con el canto de la piedra ovalada o con la parte plana, que sólo usaríamos para esto.



La prueba de corte en el papel bien nos sirve para concluir que hemos conseguido lo que buscábamos cuando el rasgado sea limpio. Los puntos donde haga falta insistir se atascarán al cortar el papel y nos indicarán dónde insistir quizás con la piedra fina.

Otra prueba visual consiste en coger la hoja como si fuera una escopeta y mirar el filo con un ojo cerrado buscando algún brillo. Si lo encontrásemos significaría que en ese punto, que marcaríamos de alguna manera como por ejemplo posando nuestro índice a esa altura, hay un defecto, una planitud, que nos refleja la luz y por lo tanto hace necesario un repase.



III.3 AFILADO DURANTE LA SIEGA

Postura y sujeción de la guadaña

Ya hemos picado y afilado la hoja desmontada y después de montarla empezamos a segar. A partir de ahora incluiremos en la rutina de siega una paradita para afilar cada dos, tres o cuatro minutos. Prestaremos atención a la sensación de corte y cómo va costándonos sutilmente cada vez más, así que llega un momento en que decidimos parar, respirar profundo y concentrarnos en el afilado de mantenimiento.

Cuanto mejor fijación consigamos de la hoja en la operación, más precisión conseguiremos y más fuerza podremos aplicar controladamente. Hay varias maneras de fijación y estilos de afilar: una interesante de probar es clavando levemente la punta de la hoja y arrodillándonos para deslizar verticalmente hacia abajo la piedra, luego hay zonas donde la costumbre es tumbar el mango sobre el hombro y afilar enfrente con movimientos verticales hacia arriba de la piedra, pero lo más común es darle la vuelta a la guadaña clavando la punta del mango y elevando la hoja.



Lo primero será el gesto de limpiar la hoja de pequeñas hierbas y de tierra seguramente para no embotar la piedra ni interferir con su trabajo. Podemos hacerlo con un manojo de hierba recién cortada o con la



propia mano derecha deslizándola estirada con cuidado a favor del filo. Despues echaremos mano a la colodra o gazapo, el recipiente con agua que cuelga de nuestro cinto, y sacaremos la piedra. Aunque al estar empapada se habrán cerrado sus poros evitando la entrada de microvirutas metálicas, podemos frotar levemente con el dedo gordo, por ejemplo, el canto con el cual estamos afilando para que se desprendan posibles adherencias y así evitaremos interferencias.

Entonces estamos de pie relajadamente, con el mango clavado (interesante cuando acaban en punta por esto) y damos un paso a la izquierda para que en vez de quedar la hoja en frente de nuestros ojos se sitúe más bien a la altura del esternón (o bien la clavamos aproximadamente un metro a nuestra derecha). Un palmo separada de nuestro cuerpo, como la medida de la propia piedra ovalada: es lo más cerca de nuestro centro de gravedad (aproximadamente el ombligo) donde podemos hacer este gesto con máximo control. En ese punto es donde trabaja la piedra mientras que la guadaña pivota sobre el mango y va deslizándose del talón a la punta.



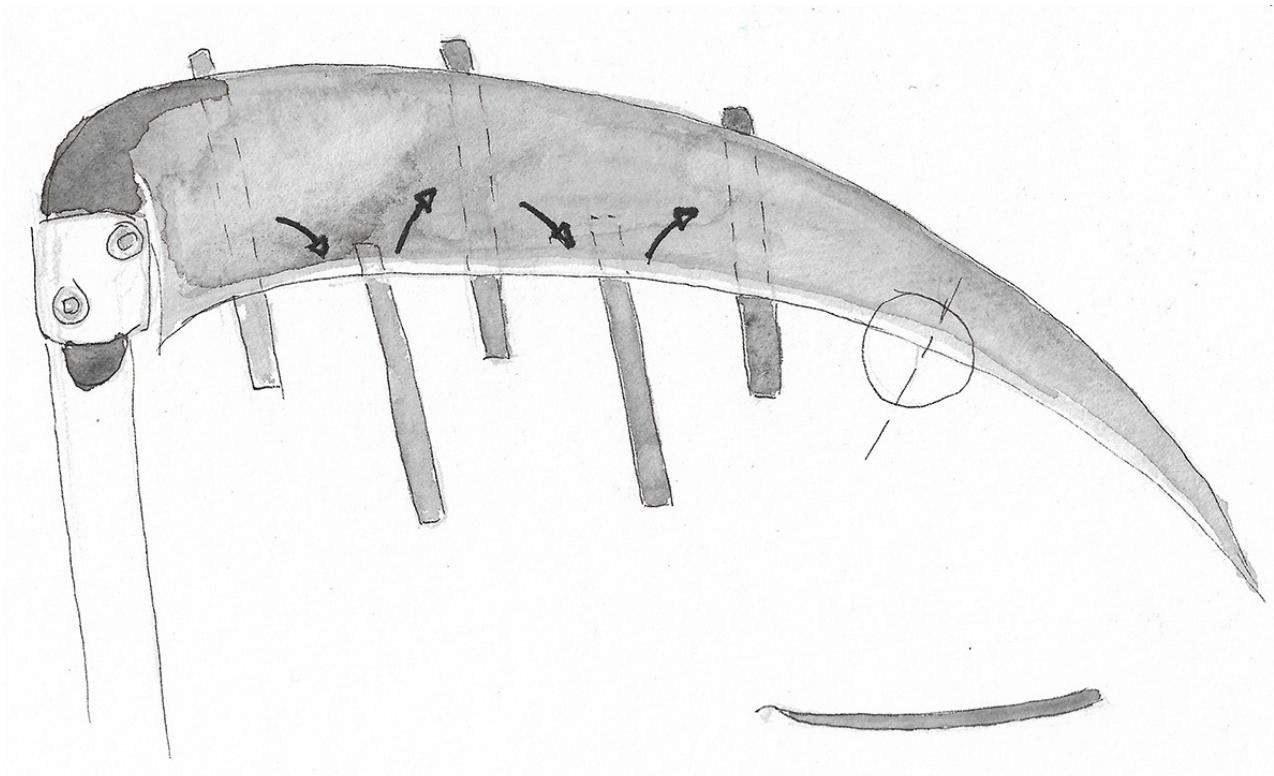
Sujeción de la piedra y gesto

Para poder presionar al afilar es necesaria una buena sujeción y la propuesta aquí es coger la piedra ovalada como si fuera una espada por el tercio inferior, de manera que los dos tercios restantes de canto son los que deslizaremos sobre la hoja. Buscamos sacar rebaba sólo desde un lado (el del bisel) a lo largo de toda la hoja y luego retirarla. Para lo primero hace falta más presión en los pases y que sean más cortos para comer metal y recuperar filo. Para lo segundo, sólo deslizarnos sin comer metal, es decir, asentar plana o de canto la piedra dando pases largos.

Hay quien consigue esto alternando pases a un lado y a otro de la hoja, pero como por un lado necesitamos un tipo de pase y por el otro lado necesitamos otro, aquí voy a proponeros dos alternativas que nos resultarán mejor, sobre todo al principio. Una es afilar toda la hoja por el lado del bisel primero, comprobar que tenemos rebaba en todo, y luego retirar la rebaba suavemente a lo largo del otro lado de la hoja. Otra es alternar dos o tres pases de afilar bisel con uno de retirar la rebaba generada.

Afilamos guiándonos por el nervio de la hoja como punto de apoyo al empezar el gesto, y recorremos

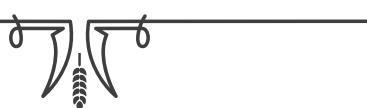
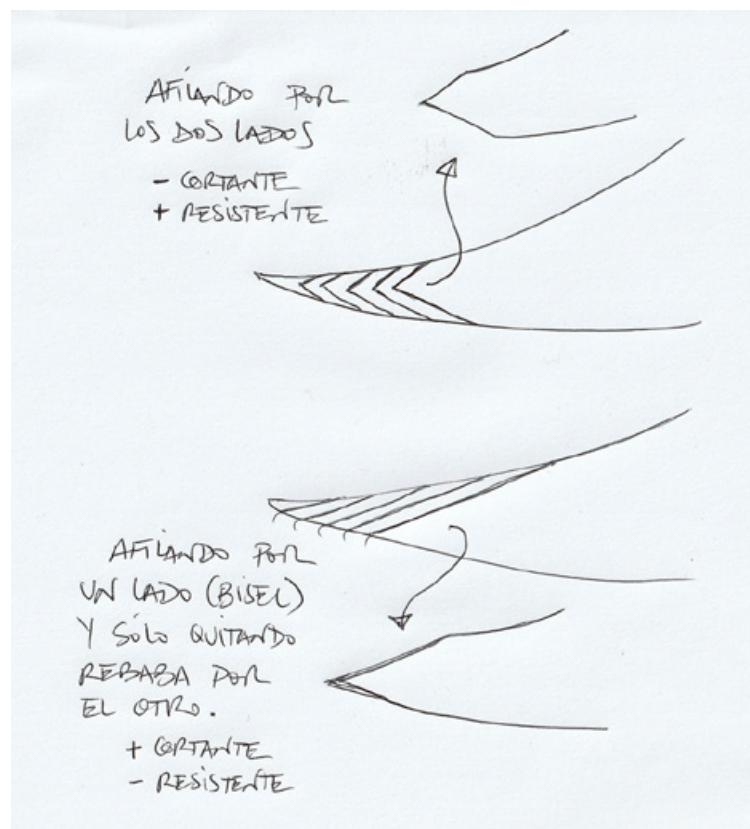




unos 10 cm. a lo largo del bisel (evitemos quedarnos en el mismo punto o afilar más unos tramos que otros). La trayectoria no es exactamente en línea recta sino incorporando la propia curva de la piedra ovalada, es decir, aplicando un leve giro de muñeca al deslizar la piedra. La salida tiene que seguir brevemente en el aire esa trayectoria porque si se nos viene la piedra porque estemos haciendo presión hacia nuestro cuerpo, probablemente el último punto de contacto es el propio filo con la punta de la piedra y lo estamos dañando.

Podemos imaginar que estamos intentando imitar lo que sería una piedra redonda de esmeril asentada sobre el bisel: si proyectamos la curva de nuestra piedra ovalada formaríamos una circunferencia, gigante, pero circunferencia. Esa sería nuestra piedra de esmeril giratoria imaginaria, y al afilar estaríamos imitando su trayectoria.

En cada afilado retiramos metal del puro filo, esa parte tan fina que hicimos, así que gradualmente el ángulo del bisel va aumentando y el corte va costando un poquito más. Con esto quiero decir que durará más tiempo el filo extremo si afilamos lo justo, justo hasta la rebaba y parar. Sólo retirar metal del bisel y no de la otra parte, de donde sólo retiramos la rebaba pasando la piedra sin inclinación y suavemente. Para alargar la duración del filo tras el picado podemos también usar primero sólo la piedra de grano fino, si la



tenemos, y cuando veamos que no es suficiente, empezaremos con la de grano grueso.

Sobre la velocidad del gesto diré que dependerá de nuestra experiencia, soltura y estilo. No queremos parecernos desde el principio a aquellos que van tan rápido que casi ni vemos su mano. De hecho, ir rápido no significa hacerlo bien, como ya sabemos. Entendamos lo que buscamos, consigámoslo poco a poco y mejoremos, mejoremos y mejoremos.

Relacionado con lo anterior está la precaución frente a cortes en nuestras manos. Es imprescindible concentración, atención y respetar nuestro ritmo en cada momento, así como evitar sobreesfuerzos porque ahí empieza también el aumento de riesgo de accidentes. Hay quien se maneja bien llevando guantes finos para segar, hay quien no... pero no dejan de ser recomendables al manejar herramientas de corte en general.

Enfocándonos desde otro punto, la evolución del estado de nuestra piedra nos dará pistas sobre la necesidad o no de correcciones en el gesto. Si se va desgastando por igual y manteniendo su forma, lo estamos haciendo adecuadamente. Pero si por ejemplo, la curva ovalada pasa a ser más bien una recta es que nos falta incorporar el leve giro de muñeca para trasladar su curvatura al bisel (si la trayectoria es recta en vez de levemente curva, la piedra ovalada hace un ángulo distinto sobre la hoja en cada momento del deslizamiento pero buscamos que sea permanente).

Si hacemos muescas, como cortes, significa que no estamos deslizando adecuadamente la piedra aprovechando al máximo la superficie de su canto sino casi cortando la piedra con el filo y por lo tanto desafilando. O si desgastamos irregularmente la piedra es señal de algo parecido pero menos acusado.



Por supuesto si se colmata, se forma una lámina oscura, será que no la estamos hidratando suficientemente y que el metal se ha incrustado en los poros haciéndola inservible. Necesitará una restauración frotándola sobre un abrasivo más duro que la propia piedra para retirar esa primera capa saturada. Estaremos pendientes por lo tanto de que nunca falte agua en nuestra colodra.

Para acabar, dejo una idea de mejora avanzada en el gesto de afilado por la parte del bisel. Consiste en hacerlo más eficiente aún incluyendo deslizamiento de la piedra sobre la hoja al afilar el bisel no sólo al bajar, como habíamos visto, sino también al subir. La piedra prácticamente no sale de la hoja porque prácticamente al terminar el contacto de bajada empieza el de subida con cuidado de no entrar en contacto con el filo en un ángulo distinto del que nos marca como referencia el apoyo sobre la costilla. El leve giro de muñeca es en un sentido al bajar y en el contrario al subir. Es realmente difícil conseguir hacer esto bien, significará una gran conexión con la herramienta y la piedra.

Piedras de grano grueso y fino

Hago hincapié aquí en la recomendación de llevar dos piedras en el cinto (dos colodras por lo tanto) para afinar un poco más el filo en cada operación. A veces no podemos saber la medida del grano (gránulos por cm^2) y compararemos al tacto, mientras que otras sí. Una de grano 400 aproximadamente y otra de 1000 nos llevarán a esa microsierra menor en el filo como veíamos antes. La segunda pasada con la piedra fina en realidad sólo nos supone unos segundos añadidos. En cualquier caso podemos comparar, valorar si nos merece la pena o no, si nos ahorra realmente trabajo.



Otra posibilidad interesante es evitar la piedra gruesa en los primeros afilados de mantenimiento en campo durante la siega tras el picado. Reduciremos el desgaste así mientras podamos mantener el filo con la piedra fina y empezaremos a combinar con la gruesa cuando valoremos que ya es necesaria.

Mencionaré también el hecho de que se pueden clasificar en artificiales (óxido de aluminio por ejemplo) y naturales (pizarra por ejemplo), existiendo una amplísima gama de calidades, precios, etc. Y suele ser aconsejable invertir en ellas porque se trata de un útil fundamental y duradero, aunque no tanto como la hoja o el mango, que pueden ser para una o varias vidas si se cuidan.

III.4 NOTAS PARA UN BUEN MANTENIMIENTO Y PRECAUCIONES

Al transportarla tanto montada como desmontada

Quizá vivimos en la propia finca y sólo usamos la guadaña ahí desmontándola sólo para picarla. Si no es el caso es recomendable desmontarla también para su transporte envolviendo la hoja de alguna manera que la proteja a ella de impactos y a nosotras de cortes.

Cuando el desplazamiento sea a pie con la guadaña, especialmente si estamos con compañía, la recomendación es llevarla cogida del mango, brazo estirado hacia abajo y quedando la hoja delante bien visible al andar. Si la echamos al hombro podemos chocar con alguna rama si nos despistamos o tener algún susto al girarnos, riesgo en caso de que tropecemos...

Al detenernos por algún motivo y soltar la guadaña mejor que no sea en el suelo ni apoyada en alguna pared, porque si alguien la pisa sin darse cuenta puede haber cortes. La alternativa puede ser o bien dejarla sobre alguna vaya o muro apoyada o colgada por el cuello de la hoja (o rama donde no vaya a pasar nadie), o bien clavarla por la punta de la hoja levemente de manera que queda bien visible y los despistes son más difíciles. No es grave desafilar un pelín esos últimos centímetros porque tienen una función no tanto de corte sino de facilitar la entrada al corte.



Al guardarla tras la siega y luego al acabar nuestra temporada

Es imprescindible secar la hoja bien y limpiarla antes de guardarla en algún sitio seco y, si es posible, ventilado. Hay quien pone un poco de aceite, o gasoil, si van a pasar muchos meses hasta el siguiente uso, pero en cualquier caso evitaremos que se oxide. El filo es tan fino que la oxidación o su futura limpieza formarán mellas y agujeritos en él. Podremos repararlos pero no cabe duda de que acortaremos la vida de nuestra guadaña.



BLOQUE IV: TÉCNICA DE SIEGA

“Cuanto más segaba Levin, más frecuentes eran esos momentos en que se olvidaba de todo. Entonces parecía como si no fueran los brazos los que movían la guadaña, sino ésta la que arrastraba ese cuerpo lleno de vida y consciente de sí misma; sin pensar siquiera, como por arte de magia, el trabajo se iba realizando como por sí solo, y además con la mayor precisión y exactitud. Eran los momentos de mayor satisfacción.”

Anna Karenina, Leon Tolstoi.

IV.1 CALENTAMIENTO AL AMANECER CON HUMEDAD

Incluyamos como parte de la siega un poco de calentamiento y estiramiento antes y después para prevenir daños y hacerla saludable al máximo. Bastan tres minutos para activar suavemente nuestras articulaciones combinando rotaciones, flexión y extensión.

Podemos empezar el calentamiento juntando nuestras rodillas algo flexionadas y hacer unos círculos lentos hacia un sentido y luego hacia el otro; luego, parecido pero con la cadera, rotaciones de codos y hombros, movilizaciones de cuello... y podemos acabar con torsiones haciendo el molino hacia un lado y otro sin inercia, movimientos conscientes; siempre controlados, sin inercia ni brusquedad. Esto ya nos va acercando a nuestra dinámica de baile thai-chi siega.



Es casi obligado empezar cerca del amanecer porque es lo apropiado por la humedad y el frescor de la hierba que, al estar más turgente y de alguna manera “lubricada”, se corta con más facilidad que más tarde según vaya avanzando la mañana. No es raro que parte de nuestro equipo de siega sean unas botas impermeables, al menos para la primera parte de la siega.



Segaremos como mucho hasta dos, tres horas y poco más probablemente, pero con mejor resultado y con menos esfuerzo que si empezamos más tarde. De hecho, para un mismo filo, la frecuencia necesaria para afilar es el doble a media mañana que al amanecer. Ya tendremos tiempo de pasar calor en los ratos de hacer el heno, como veremos en el Bloque V.

A este apartado le he dedicado poco espacio pero no por ello es menos importante.

IV.2 EL BAILE

Postura corporal y gesto relajado

Es probable una cara perpleja si le cuento lo que sigue a cualquier persona mayor que haya segado toda su vida; también quizás en jóvenes que hoy día hayan segado el oficio de su familia en zonas de montaña ganaderas. Aquí recojo gran parte del nuevo enfoque y por eso podríamos hablar de “la siega moderna” al incorporar, no sólo tecnologías como el yunque de émbolo, sino también consideraciones sobre ergonomía, movimientos completos, conexiones con artes marciales, “Thai Chi”, meditación, etc. Esto significa un desarrollo incorporando atención y cuidado en aspectos que antes eran secundarios o ni se contemplaban, lo que no impide que hubiera algunas personas que sí lo pusieran en práctica.



Segar puede ser una coreografía de cuatro: hierba, suelo, guadaña y tú; cada parte aporta sus circunstancias y el funcionamiento conjunto da un resultado concreto, un paisaje distinto, una etapa más del proceso. Es más, idealmente quizás llega el momento en que nos fusionamos con la guadaña y somos uno de manera que hacemos pareja de baile con el terreno, así, tipo baile de salón-campo.

Y siguiendo con las visualizaciones y símiles que a mí tanto me suelen ayudar, retomo como mencionaba el paralelismo que cada vez escucho y veo más hacer con el “Thai Chi”, disciplina en la que se desarrollan muchos movimientos con un imaginario objeto o arma en las manos. En este caso es la guadaña aunque podría ser el uso rítmico de cualquier otra herramienta (hacha, serrucho, fregona, lo que sea) concentrándonos en nuestro sentido de la autopercepción, la concentración en cada parte de nuestro cuerpo ya sea moviéndose o en reposo.



Si prestamos atención al proceso consciente, a los detalles del resultado, a las sensaciones en cada parte de nuestro cuerpo podremos observar cómo sucede cierta evolución, correcciones, dificultades, progreso. Bueno, ¡a veces parece que momentáneamente vamos para atrás!

Forma parte acompañar también nuestra respiración, exhalando por la boca con el esfuerzo de entrar a cortar e inspirando por la nariz con el descanso de salir. Quizá es al concentrarnos en respirar cuando más alejamos el pensamiento, ese diálogo interno o sucesión de imágenes pasadas y futuras. Tenemos nuestra mente tan atenta en coordinar tantas dinámicas conscientes que podemos ir acercándonos a ese vaciado meditativo, a entrar en un compás fluido.

Controlando movimientos conscientes y evitando la inercia, la brusquedad, podemos desarrollar tanta o más potencia en la medida en que incorporemos todo nuestro cuerpo y atención en el gesto, en la función. La tensión, hacer el bruto, tirar de fuerza más que de maña, va a interferir con lo anterior llevando la siega al terreno del sobreesfuerzo, malas posturas, demostraciones quizás de poderío masculino y lesiones o accidentes a la larga.

Todo esto y lo siguiente podemos aplicarlo, ya que estamos segando, no sólo al movimiento con la guadaña sino también al proceso de picar con el martillo, afilar con la piedra... luego al usar el rastrillo para deshacer hileras o volver a hacerlas... ¡y disfrutarlo! Curiosamente, cuando lo hacemos en grupo se pueden amplificar muchas de las bondades.

Daré aquí algunas ideas, pero seguro que cada cual con sus circunstancias, limitaciones, capacidades, desarrolla su estilo. Una pauta central es la rectitud de nuestra columna imaginando que acabase en la coronilla, de donde hay un hilo también imaginario que tira suavemente hacia arriba abriendo los espacios entre vértebras y facilitando su torsión e hidratación. Ayuda meter un poco el mentón hacia adentro. Muchas veces tendremos la tentación de inclinarnos hacia adelante y trabajar flexionando más los brazos, algo que necesitaremos hacer en algún momento puntual al manejarnos entre obstáculos o salvar algún escollo, pero no en la dinámica normal de siega.



Tender a brazos estirados es importante, aunque lógicamente necesitamos implicar todas nuestras articulaciones en la torsión de tronco y flexionar coordinadamente codos y muñecas. Quien haya aprendido a conducir coches recordará quizás la tensión en los principios agarrando el volante como si se fuera a escapar e inclinándose hacia adelante inconscientemente como si fuéramos a ver mejor la carretera, o cambiar de marcha apretando la palanca y además fuera de su sitio hasta que entraba chirriando.

Sin embargo, podemos trabajar con herramientas manuales sujetándolas sin tensión, casi con suavidad e incluso a veces con una caricia al retroceder, al preparar la dirección o el movimiento de entrar, clavar, cortar. Por supuesto que no se nos van a escapar porque vamos a medir el esfuerzo necesario, pero eso, el necesario para que nuestro desgaste sea el justo, el mínimo. Cuando sujetamos las manillas del mango la tendencia al principio es agarrarlas apretando, en tensión, pero yo propongo reservar ese esfuerzo al instante de máxima resistencia, que va llegando al tener la hoja justo enfrente de nuestro cuerpo. Probemos a relajar gradualmente antes y después de ese momento. Incluso podemos estirar levemente los dedos, relajándolos, cada vez que



retrocedemos con la guadaña.

Busquemos implicar coordinadamente todo nuestro cuerpo enfocando la dirección de la fuerza en el punto necesario, acompañando con nuestro peso la progresión del corte con la guadaña, del golpeo con el hacha, la cava del surco con la azada, el lanzamiento del anzuelo, qué se yo. De esta manera conseguimos el mismo resultado con menos desgaste, con menos riesgo de lesiones futuras.

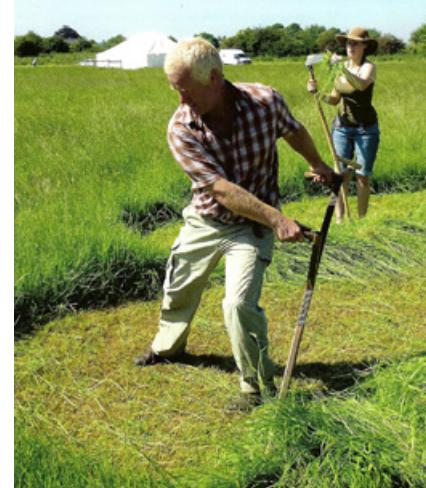
Volviendo a nuestra espalda recta añado dos cosas en relación con ella. Una es entender que está conectada ósea y muscularmente a las piernas y esto las implica con cierta flexión, sobre todo cuando nos inclinemos hacia adelante o queramos agacharnos. Otra es la posibilidad de que tobillos y rodillas amortigüen funcionando como si hubiera un muelle debajo de esa bisagra.

Balanceo acompañado y pequeños pasos

Teniendo la espalda recta y vertical, el balanceo significa pasar el peso del cuerpo de un pie al otro alternativamente con una flexión-extensión de rodillas. Cuanto más llevemos nuestro peso hacia los lados acercándonos al límite, casi quedando en el aire el pie contrario sin peso, más ancho de calle conseguiremos. Nos puede recordar este movimiento al del patinaje.

En el balanceo gira nuestro torso, no la cadera ni las piernas. Cadera, rodillas, pies, miran siempre hacia adelante. La cabeza prácticamente también. De hecho la mirada irá por delante, anticipando, y cuando tengamos práctica mientras terminamos el corte a nuestra izquierda la mirada ya irá buscando de reojo la siguiente entrada delante a la derecha.

Los pasos serán pasitos acompañados con el balanceo: al estar terminando el corte, nuestro peso ha basculado hacia nuestro pie izquierdo y el derecho, que casi quedó en el aire, avanza 5, 10 o 15 cm. aproximadamente en función del grosor de cada franja que cortemos. Probablemente quede bien visible en nuestra calle después del corte una doble línea de lo que han ido aplastando nuestros pies con esos pasitos que se superponen uno encima del anterior.



Nuestros brazos giran dentro de este balanceo estando casi estirados, sólo levemente flexionados, lo que entre otras cosas ayuda a mantener la postura erguida. La articulación que más trabaja es la de los hombros y el giro de cada brazo es parecido pero no igual: la mano derecha dirige más la entrada y la presión hacia el suelo, mientras que la izquierda tira y dirige la salida. Otra diferencia es que la izquierda tiene un poco más de recorrido porque hace un arco mayor y acaba casi en la nalga izquierda. Si no prestamos atención a esto se nos puede complicar el último tramo de cada pase, probablemente salgamos con un corte más brusco, nos atasquemos o clavemos la punta en el suelo.

También menciono el ritmo, la velocidad en los pases, en los gestos. Obviamente cada cual en cada momento tendrá el suyo y oscilará entre 1 y 2,5 segundos por pase. Vuelvo a hacer hincapié aquí en la importancia del picado y del afilado porque si son óptimos no necesitamos tanta fuerza ni imprimir mucha velocidad ni inercia, es decir, un buen filo nos permite ir al ritmo que necesitemos. Un mal filo nos obliga a lanzar movimientos más rápidos y cansarnos rápidamente. Así que más vale parar más a menudo a afilar que ir continuamente con la lengua fuera.

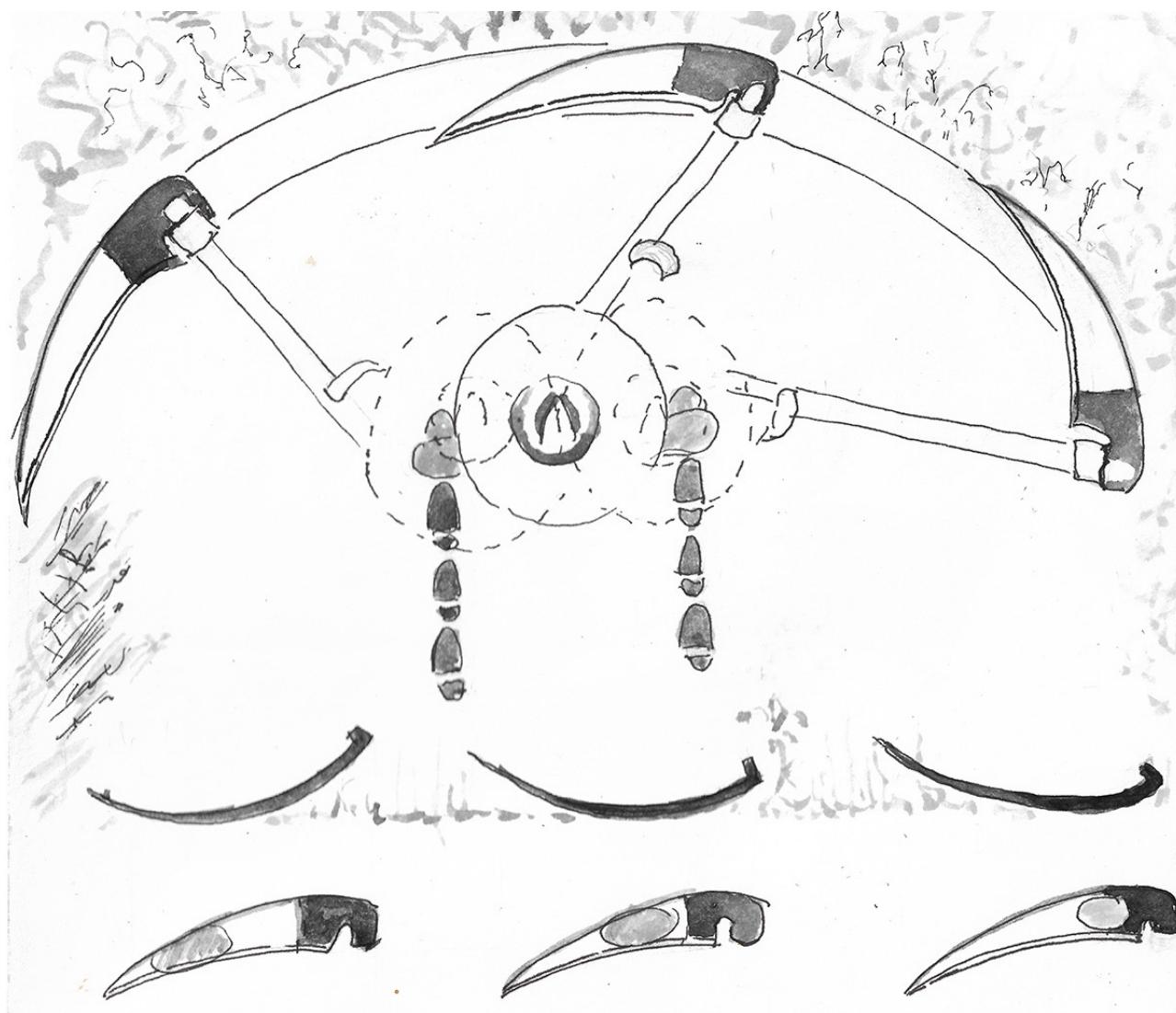
Volviendo a nuestro baile, para acabar diré que puede ayudar practicar este balanceo sin guadaña y sin pasitos, para luego añadir los pasitos y por fin la guadaña. Sería un buen final de nuestro calentamiento.



IV.3 LA HOJA DESLIZÁNDOSE SOBRE EL SUELO

Peso sobre la hoja acunándola

Añado ahora detalles sobre el corte en sí, empezando por mencionar que también la hoja, que como veíamos no tiene ninguna parte recta, se desliza con un balanceo. Al entrar, apoyamos el talón de la hoja y salimos apoyando la punta, lo que responde a esa curva que hay entre el talón y la punta; a medio camino, cuando cortamos enfrente, apoya el centro de la guadaña. Y donde digo "apoya" significa "corta". Empieza cortando el tercio más cercano al mango y según deslizamos la hoja se va llenando el corte, van entrando a "funcionar" los otros tramos de la hoja hasta llegar a la punta. Y en consecuencia, cuando apoya el talón tenemos unos centímetros elevada la punta y al revés.



Es fundamental apoyar, asentar bien la hoja y más allá, presionar, apoyar o empujar con unos 3-4 kg. de fuerza. Veamos que si vuela a unos centímetros de altura tenderá más a tumbar la hierba, habremos perdido la tensión, la resistencia que ofrece en su base. Sería como cortar con una tijera en la cual el remache se dió de sí y no asienta una hoja contra la otra. El parecido es mayor incluso si nos fijamos en las típicas tijeras de podar en las que sólo una de las hojas tiene filo y la otra hace de base sobre la que el filo se desliza cortando. Si no asienta bien una sobre la otra, muerde más que cortar, o incluso pellizca desgarrando.



Podemos usar una báscula de pie para tener esa sensación al apoyar peso con la guadaña, y medir esos 3-4 kg. de presión aproximadamente. Luego esto variará en función del tipo de hierba, su densidad, de si vamos perdiendo un poco el filo...

Nos dará pistas la altura a la que estemos dejando la hierba segada y su homogeneidad, es decir, podemos interpretar el resultado de nuestro trabajo y detectar si es que estamos volando con la guadaña o asentándola bien sólo en alguno de los tramos de corte. Quizá es que está desafilada... Por encima de los 5 o 6 cm. estamos indicando algo a mejorar y, por otro lado, estamos perdiendo muchos kilos de hierba que se quedan en el suelo. Ya vimos en los ajustes de la hoja cómo es una decisión también la altura del corte al regular el ángulo de la hoja con el suelo.

Sobre todo al principio es normal, en este balanceo, salir del corte clavando la punta. Poco a poco iremos calibrando esa suave transición del balanceo desde la entrada a la salida. Una costumbre habitual era doblar un poco la punta hacia arriba para evitar que se clavara al final del pase, algo que podemos probar a hacer también.

Trayectoria de la hoja y amplitud del corte (altura, anchura y grosor)

Vamos trazando arcos sobre el suelo, por lo que no parece aconsejable elevar la guadaña antes de la entrada al corte. Si es que necesitamos coger un poco de impulso, de inercia en vacío, podemos hacerlo igualmente pero sin separarnos del suelo y además así ahorraremos el esfuerzo que cuesta levantar la guadaña y luego modificar la trayectoria para que no se clave. Evitamos también cortar a media altura la hierba del primer tramo. Así que mantenemos la guadaña siempre sobre el suelo, también al retroceder en cada pase, y como hemos visto en el anterior apartado, cortando lo más cerca posible del suelo.

El ancho de mi calle de corte depende de varias cosas objetivas (mi envergadura, mi fuerza, longitud de la hoja, longitud del mango, dificultad del terreno o del pasto) y otras más relacionadas con mi experiencia y técnica (brazos estirados, balanceo mayor, torsión mayor, afilado extremo). El mínimo ancho intentaremos que sea el que deja el hilo de hierba a la izquierda del pie izquierdo para no andar pisándolo. Cuando estamos aprendiendo o la dificultad es alta, puede ser de 1 m. o menos incluso, pero en cualquier caso nuestro cuerpo queda en el centro de la calle para que el movimiento sea equilibrado, para que el centro de la oscilación seas tú. Podremos llegar hasta acercarnos a los 3 m. en condiciones óptimas, según vayamos mejorando.



Si usamos la referencia del reloj y las horas, para hablar sobre una torsión mayor o menor, podemos entrar a las 4 o a las 3, y salir a las 9, 10 u 11... consiguiendo ampliar o reducir la trayectoria, mi arco.

Nos queda recordar que el grosor de cada franja cortada también lo decidimos al ajustar más o menos abierto el ángulo de la hoja con el mango, al modificar sutilmente la manera de coger cada manilla y al dar pasitos más o menos largos, es decir, al avanzar más o menos después de cada pase.

Insisto en que la trayectoria de la hoja aquí es lo contrario al corte de la hoz. Cortamos la hierba, no en perpendicular, sino casi todo lo contrario, con deslizamiento del filo. Digamos que si visualizamos la franja que vamos a cortar, entra la punta en la parte más alejada a nosotros y el resto de la hoja va detrás, como si pinchásemos la franja de derecha a izquierda, como si estuviéramos cosiendo una calle con la anterior.

Nos ayudará en la salida implicar el final del balanceo, que es subiendo levemente, para con ese impulso de subida, "tirar" del último tramo del corte con la punta de la hoja.



IV.4 ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO DE SIEGA

Factores a tener en cuenta

Como es lógico, no da igual por dónde empezar ni en qué dirección. Una clave básica es segar nuestro terreno desde el borde izquierdo al derecho, siempre hacia lo ya segado para no toparnos con el hilo o maraño al empezar la siguiente calle; a no ser que lo hagamos a propósito para hacer un doble hilo (por ejemplo, si es para recoger fresco y llevarla a las vacas o acolchar el huerto se recogerá más fácilmente si la tenemos más amontonada en un hilo grueso). Por eso a veces lo complicado es la primera calle porque necesitamos hacerla hacia un borde que puede ser una valla, una pared... si es un camino no hay problema, claro.

Esto anterior implica retroceder andando tras acabar una calle, sobre ella, para empezar desde el principio la siguiente. Una alternativa para evitar paseos es segar haciendo una espiral en nuestro terreno, en el sentido de las agujas del reloj desde el perímetro hacia adentro, si sus circunstancias lo permiten. Pero, ¡viene tan bien un paseo de vez en cuando para recuperar y observar!

Si hay pendiente, preferiremos buscar curva de nivel y segar de arriba abajo porque facilita tanto la bajada de la hoja como del peso de la hierba cortada.

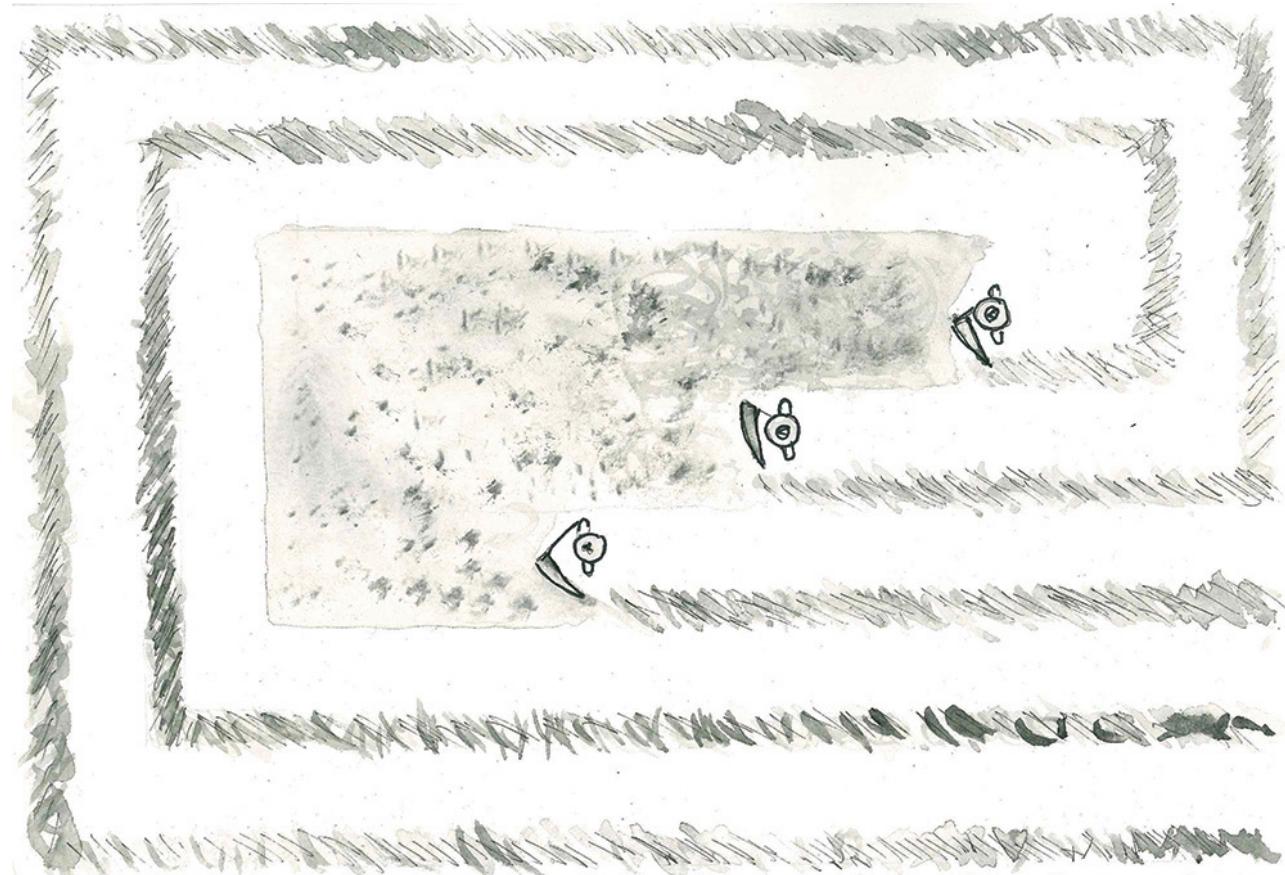
Cuando, a causa del viento u otros motivos, tenemos la hierba tumbada, en general hacia una dirección, será más fácil segarla si organizamos el corte a la contra por ayudarnos esa tensión.

La forma del terreno también podemos tenerla en cuenta si una dirección nos permite calles más largas, aunque en cualquier caso normalmente toca retroceder andando para empezar cada nueva calle.

Luego puede suceder que haya obstáculos u otras peculiaridades que podamos tener en cuenta al planear el trabajo. El primer año nos puede hacer pensar un poco, pero los siguientes habrá ya una rutina.

En grupo

Como cualquier trabajo en equipo, habrá una dinámica de grupo para coordinarse y hacer eficiente el trabajo. Podemos empezar toda la gente a la vez si nos espaciamos a lo largo de la primera calle y para continuar, al llegar a lo que segó la persona que iba delante, cada cual hace un quiebro a la derecha y pasa a la siguiente calle en ese punto.



O podemos empezar alguien y después de un ratito empezar la siguiente persona en la siguiente calle y así sucesivamente, de manera que si después alguien alcanza a quien empezó a su izquierda se relevan para respetar ritmos.



BLOQUE V: CÓMO HACER HENO DE ALTA CALIDAD

“ Segador que siegas, siegas
debajo de la neblina,
si no corta la guadaña
coge la piedra y afila.

O cabo leirín o cabo
o cabo leirín de trigo,
se o teu amo é honrado
a de paga-lo letriño ”

Cancionero Popular Gallego, recogida en Balouta (Sierra de Ancares).

(La segunda estrofa significa en una especie de asturleonés que al acabar de segar el leirín o pequeña leira de trigo -leira significa “terreno de labranza”- si tu amo es honrado te debe pagar el jornal o jornales)

V.1 UNAS PALABRAS SOBRE SUELOS, PREPARACIÓN DE NUESTRO TERRENO PARA LA SIEGA Y MEJORAS

De cara a la siega con guadaña es importante retirar obstáculos en general y piedras que sobresalgan en particular para evitar daños, pérdidas de tiempo y trabajo extra de picado-afilado. Dependiendo de cómo nos organicemos será mejor una época u otra, pero siempre con antelación, entendiendo que es una tarea inicial que luego agradeceremos aunque estará la de mantenimiento porque seguramente siguen surgiendo piedras, animales que hacen hoyos y montoncitos de tierra u otras cosas que retirar cada año antes de que crezca la hierba.

Especialmente, claro, si hay una labor de por medio para sembrar alguna mezcla de semillas o algún cultivo en concreto para obtener un forraje determinado. En este caso habrá un movimiento de tierra presiembra y otro postsiembra para enterrar la semilla. Puntualizo entonces que “heno” se suele usar para la hierba silvestre que vegeta en un terreno, ya sea prado de siega o vegetación espontánea entre frutales u olivos, por ejemplo, como en nuestro caso. “Forraje” suele referirse a lo obtenido en un cultivo elegido, por ejemplo el clásico veza (20%) avena (80%), sirviendo el cereal como tutor para la leguminosa y que así no esté tan tumbada de cara a la siega. Podremos afinar en las especies elegidas en función también de los animales a alimentar o la opción de cara a acolchados.

Una variante del heno es el “ensilado”, consistente en almacenar fresca la hierba o forraje recién segada para producir una fermentación y otro tipo de conservación además de una transformación de los nutrientes. Se extendió esta práctica especialmente en las zonas húmedas y montañosas donde abundaba el ganado de ordeño y el secado es más difícil. Desde los años 60-70 del siglo pasado muchas zonas se fueron salpicando de pequeñas construcciones cilíndricas en cada granja, mientras que modernamente los tractores empaquetan las “bolas” en plástico.

Hay especies como la alfalfa que, dada su capacidad de rebrotar, se siembran cada varios años. Sobra decir que podremos hacer varios cortes si el terreno tiene riego durante la primavera-verano en climas continentales, aunque el de mayor calidad nutritiva es el primer corte. Los siguientes ya han tenido crecimientos más rápidos y una composición menos rica.



También está la posibilidad de introducir alguna especie nueva o aumentar su presencia en una pradera mediante alguno de los métodos de siembra sin laboreo, por ejemplo dispersando semilla en superficie antes de lluvias habiendo ya una buena cubierta vegetal. Después de sembrar, segamos o desbrozamos para tapar la semilla y facilitar su germinación, pudiéndose hacer esto en otoño, invierno o primavera en función de las condiciones de nuestra zona y las necesidades y ciclo de la especie sembrada. Con esta primera siega, que no recogemos, no necesariamente perdemos un corte si sucede lo que a veces se busca a propósito: al cortar las gramíneas en su primera etapa de crecimiento forzamos el “ahijado” consiguiendo mayor densidad de hierba.

Con las sucesivas siegas impulsamos una evolución positiva tanto en nuestro suelo como en la flora silvestre adaptada a él. De hecho cada planta indica algo, nos da pistas sobre cómo de compactado está un suelo, cuánta materia orgánica hay, si están bloqueados algunos nutrientes, si escasea o abunda alguno de ellos, etc. Favorecemos:

- Mejoras en el suelo, sobre todo si no labramos, porque tenderá a mejorar la estructura y complejizarse las interacciones de microfauna con todo tipo de hongos y microorganismos; y también si labramos, especialmente cuando nuestro suelo necesita una “activación” o descompactación, porque no deja de ser la siembra de una cubierta vegetal con todas las ventajas que esto implica en cuanto a bombeo a la superficie de nutrientes, protección de temperaturas extremas y erosión, descompactación si incluimos especies de raíces profundas, etc.
- Mejoras en la flora silvestre presente, que iremos seleccionando automáticamente al favorecer unas (por ejemplo las gramíneas o leguminosas plurianuales, que rebrotan de raíz o rizomas) y penalizar otras (por ejemplo las anuales que seguimos sin dejar semillar).

Además podemos añadir cuando sea necesaria alguna enmienda de ph y materia orgánica (compost, estiércol); podemos cultivar microorganismos y sembrarlos también en nuestros suelos para impulsar procesos microbiológicos, podemos hacer y no hacer muchas cosas. Probablemente, tras unos años, llegará un momento en que apreciemos ya un equilibrio, una vitalidad, y no sea necesaria más intervención que la siega periódica.



Aquí distintos pastos y calidades en distintos tipos de suelo, además nos ayudan a diagnosticar su estado y necesidades de mejora como por ejemplo la gran compactación en la del centro

Me he atrevido aquí a sugerir algunas pautas de manejo sostenible de suelos pero tengo que terminar la incursión reconociendo la gran complejidad de un tema en el que tampoco soy experto. En nuestra trayectoria agrícola hemos conectado cada vez más con lógicas de lo pequeño, de la escala y el ritmo humano, y con manejos que intentan respetar, imitar, acompañar, potenciar los procesos naturales. Nos queda a cada cual el proceso propio de observar, experimentar, investigar, valorar resultados y avanzar camino según las opciones y decisiones.



V.2 HERRAMIENTAS NECESARIAS

Además de por supuesto, la guadaña, estas serían las otras herramientas o elementos necesarios para el proceso:

1. Rastrillo: es importante que sea ligero y con mango largo; los encontraremos más o menos anchos, de madera, plástico o mixtos, con dientes perpendiculares al mango o con inclinación. Como cualquier otra herramienta tiene también su técnica de uso para optimizar movimientos y evitar daños en la espalda por ejemplo. Normalmente tiene la función de arrastre, para lo que hace una cierta presión hacia el suelo a la vez que se tira, y para eso es recomendable cogerlo con las palmas de ambas manos mirando el suelo (no alternando como se suele usar una pala). Buscaremos también la postura erguida e incorporar todo el cuerpo en los movimientos con una pauta que minimice los movimientos necesarios tanto para extender la hierba del cordón como para rehacer el cordón.

2. Horquillo: está bien uno de tres puntas y mejor si es ligero, aunque podemos probar también con uno de cuatro y valorar que para unas cosas viene mejor uno y para otras, otro.

3. Lona: son una manera ágil para mover el heno dado el gran volumen y poco peso relativamente a mover, y su tamaño puede ser alrededor de 3 x 4 m. o para que lo pueda mover una sola persona incluso a través de líneas de frutales u otros obstáculos.

4. Algún sistema para empaquetar: hay varias maneras para empaquetar manualmente, desde mecanismos que imitan a las empacadoras hasta “recipientes” donde apretar heno y luego atarlo: cajón de madera que puede ser desmontable, cubo grande que podría ser como los de la basura, etc.

5. Cuerdas: vegetales o no, lo suficientemente fuertes como para resistir la tensión del empaquetado y el transporte.



V.3 EL BUEN MOMENTO PARA SEGAR

No hay una respuesta categórica porque si queremos afinar depende de varios factores, como por ejemplo la especie animal a alimentar, si están en ordeño, criando o no nuestros animales, qué otras fuentes de alimento tienen en el campo o en la cuadra, etc. Pero sí hay unas pautas y criterios generales que aquí expongo y en general invitan a adelantar la siega con respecto a la mayoría de prácticas en nuestro entorno: esperan al grano lechoso y obtienen por lo tanto heno muy fibroso, casi pajizo (adecuado para rumiantes que queramos “secar” tras la cría u ordeño, al contrario que el heno segado joven, adecuado para estimular la producción de leche), que muchas veces acaba como cama en la cuadra. Estas son las propuestas:

1. A medida que la planta se va desarrollando evoluciona la proporción entre sus componentes hacia una mayor presencia de fibra y menor de proteína, azúcares solubles y otros, haciéndola menos digerible y menos nutritiva. El momento óptimo de siega en este sentido está en torno al momento del botón floral o cuando empieza a formarse la espiga. Las hojas ocupan el doble que el tallo y todas las partes son flexibles. Esto significa, con el clima de nuestra zona, mediados-finales de abril para el primer corte.
2. Cuanto más rápido sea el secado, mejor calidad. Buscaremos entonces alejarnos de los días de lluvias pasadas como de lluvias previstas; si segamos un día inmediatamente después de llover tendremos mucha humedad en el suelo y será recomendable dejar al menos un día orear antes de segar. Aceleraremos también el proceso siguiendo los pasos recomendados (ver el siguiente epígrafe) de esparcir y recoger cada día la hierba. Y tendremos en cuenta también que el viento, ya sea diurno o nocturno, contribuye a la rapidez del secado.
3. En abril, en nuestro caso, los días son por supuesto más cortos que en mayo-junio (cuando se siegan la mayoría de campos en nuestra zona) y las temperaturas menos altas. Tardamos algún día más y nos arriesgamos a que llueva, pero el sol no degrada tanto la hierba. De hecho podemos incluso agradecer días nublados mientras haya algo de viento.

V.4 PASOS PARA HACER UN BUEN HENO

Habrá variantes en función de factores varios, pero esto puede servir como propuesta básica teniendo como objetivo un secado rápido para mantener el máximo de propiedades y nutrientes así como reducir el riesgo de lluvias que compliquen o incluso arruinen el proceso.

Día 1:

Segar temprano. Quedará la hierba húmeda en cordones.

Extender los cordones usando el rastrillo. Así conseguimos secado homogéneo y rápido aprovechando al máximo la superficie de insolación y facilitamos la ventilación.

Al atardecer, de nuevo con el rastrillo, rehacemos los cordones. Esto protegerá de la humedad nocturna la hierba, excepto la capa superior.

Día 2:

Al medio día, cuando la humedad en superficie se haya evaporado, volvemos a deshacer los cordones para seguir secando.



Al atardecer rehacemos los cordones.

Día 3:

Repetimos el proceso del día 2 los días que haga falta hasta que valoremos finalizado el proceso, pero probablemente con 3 o 4 días sea suficiente. Veremos algunos criterios un poco después.

Día de recogida:

1. A medio día nos encontramos los cordones hechos y secos. Vamos haciendo montones o bien rodando los cordones con el rastrillo o mejor empujando vigorosamente el cordón con un horquillo dispuesta casi en horizontal y manteniendo la posición, la justa como para que no se nos clave en el suelo.



2. Cargar los montones en lonas para deslizarlas al lugar de almacenamiento o empacado en caso de que esté cerca; o en remolque si es que está lejos y disponemos de medios.

3. Empaquetar (vemos una propuesta más adelante) o engavillar (atando "bolas" con cuerda), opcionalmente, para reducir el volumen.

4. Almacenar en lugar protegido de la lluvia, ya sea bajo techo o bajo plástico. Está también la alternativa tradicional del almiar o montón en exterior sin tapar, sobre lo que también veremos el proceso de "construcción".

V.5 CUÁNDΟ LA HIERBA SE HA CONVERTIDO EN HENO Y SE PUEDE RECOGER

Si pudiéramos medir la humedad buscaríamos llegar a un 20% y así conservar el máximo de nutrientes sin riesgo de fermentación posterior. Otros indicadores requieren de poner en juego nuestros sentidos:

1. Visualmente nos daremos cuenta de que ya está listo porque el verde brillante evolucionó a un verde más pálido y uniforme. El verde oscuro denota fermentaciones no deseadas o lluvias durante un proceso de secado que necesitó prolongarse; el marrón, amarillo o el naranja tampoco son buenas señales.

2. Al tacto notaremos cierta rigidez, casi crujientes los tallos, lejos de la sensación flexible de la hierba fresca.

3. El olor es característico, pero difícil de describir. Yo diría que al acercarnos un puñado y apretarlo, se desprende un aroma intenso y agradable, penetrante, olor a verde. Muy distinto al olor tan seco de la paja o al fermentado, o cuando se desarrollaron hongos.

Puede ser que veamos llegar una lluvia imprevista, o que por circunstancias tengamos que guardar el heno prematuramente. Entonces buscaremos soluciones intermedias como llevar la hierba bajo techo si es posible extenderla un poco; si es sobre palés o algo que permita ventilar desde abajo, mejor. Si está casi pero le falta un poco y decidimos empaquetar, podemos dejar más bien sueltos los paquetes aunque sea a costa de luego necesitar más espacio de almacenamiento.



V.6 ALGUNAS MANERAS DE ALMACENAR EL HENO

Puede ser en interior o en exterior, con estructura o sin ella, empaquetado o amontonado, variantes que dependen de nuestros recursos, del clima en nuestra zona, etc. La conservación será mejor cuanta menos iluminación tenga el heno, menor humedad, también cuanto mayor sea el paquete o montón. Estas son algunas maneras:

1. La manera tradicional en todas partes, la más básica, consiste en hacer un montón algo cónico en el propio prado de siega, el anial o almiar se llama por aquí. En la base se intenta ventilación poniendo ramas o modernamente tablas o palés, y sequedad con una base de piedras. Un hoyo central servía para clavar un poste vertical como estructura de soporte, aunque en otras zonas más húmedas se hacían estructuras con más partes, con formas piramidales y más espacio interior de ventilación. Para que no entre agua tiene que estar bien prensado (se va pisando organizadamente según se sube el nivel de heno) y como peinado hacia afuera, así como cerrado por la punta del poste. Este cierre se hacía con un trenzado de ramas de roble que luego se ataban a la base, hasta que llegó el plástico y una pequeña porción enfundada en la punta del poste lo sustituyó.



2. Una variante moderna sin necesidad de tanta técnica podemos hacerla sobre una base de palés en forma de montón cúbico, por ejemplo, añadiendo gradualmente lo que vayamos secando y tapándolo con una lona impermeable.



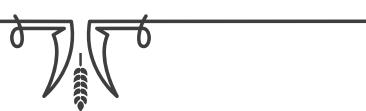
3. Amontonar se puede también en interior si disponemos de espacio adecuado, pero eso suele implicar un transporte. Para que la distancia fuera corta se ubicaban en las zonas de montaña los “heniles”, locales construidos específicamente para almacenar heno en el entorno de siega donde además acudirían en verano los animales a alimentar.

4. La ventaja del empaquetado es que facilita el movimiento gradual del heno ocupando menos volumen. Lo más básico sería atar gavillas en forma de bola, lo que tiene su técnica para evitar que se deshagan al



manipularlas. Un avance es prensar de maneras más o menos sofisticadas porciones de heno y atarlas; necesitamos un recipiente y unas cuerdas descansando con forma de cruz en su interior y luego ir echando gradualmente heno a la vez que alguien va pisándolo. Puede ser en un cajón de madera o en un cubo plástico como los de basura, por ejemplo, siendo necesario que el interior sea liso para permitir la extracción del paquete una vez terminado, o bien que sea desmontable entre paquete y paquete con alguna bisagra.

5. Hay mecanismos con palanca para prensar el heno, que sin dejar de ser manuales permiten un empacado más homogéneo. Y luego existen desde pequeñas empacadoras de remolque con motor hasta grandes máquinas autónomas. En todos los casos podremos regular la presión del empaquetado.



EPÍLOGO

Una amiga común me dijo hace algún tiempo que conocía a muy pocas personas tan generosas como Miguel Berbel, y a mí me pasa lo mismo. Tampoco conozco a mucha gente que sea tan hábil y laboriosa. De esas virtudes nace este librito sobre la guadaña con que nos ha obsequiado esta vez.

Puedo dar fe de que todo lo que hay escrito en estas páginas es un conocimiento basado en la práctica, un saber con los pies en la tierra y las manos encallecidas; “conocimiento situado” diría Donna Harawey. He tenido la fortuna de aprender a afilar con Miguel, no sólo la guadaña, sino también cuchillos, cadenas de motosierra, tijeras de poda y otras herramientas. También pude asistir a una jornada de siega con guadaña en la finca que, con su compañera, maneja desde hace años en la comarca de La Vera. Su paciencia y vocación pedagógica le convierten en un gran maestro, porque una cosa es ‘saber’ y otra superior es saber transmitir el ‘saber’. Poner negro sobre blanco un conocimiento práctico y vivencial es un reto aún más arduo, y creo que en estas páginas lo ha conseguido. Ahora ya sólo falta que sus lectoras y lectores nos pongamos manos a la obra.

En las más de tres décadas que llevo ‘descripando terrones’ en los mundos de la ruralidad y el bosque siempre he tenido mi guadaña mejor o peor afilada (mejor desde que aprendí con Miguel) entre las herramientas básicas. Todos los años siego un poco de hierba con ella, aunque sea para no perder la práctica; unas veces necesitando hacerlo porque tenía bocas de ovino o de equino que llenar con ella, otras como ahora, sin necesidad, como un ejercicio de memoria y pleitesía al pasado campesino del que procedo. Y porque alguien tendrá que mantener este viejo oficio para transmitirlo a los que vienen detrás, que sospecho (y deseo) que van a necesitar volver a estas artes. Segar con guadaña es también, para mí, una reivindicación silenciosa pero productiva de un mundo más sostenible, más humano y por eso más natural y rural. Así que este libro está cargado de futuro y utopía en acto.

Ahora ya es muy difícil no haber oído hablar del colapso de esta civilización hiper-tecnológica, del céñit de la producción de petróleo y de la catástrofe climática en ciernes (escribo estas líneas entre huracanes, inundaciones y sequías brutales en diferentes puntos del planeta que ahora descubrimos más pequeño e interconectado de lo que creíamos), pero yo desde que tengo uso de razón (política) he querido creer que la única alternativa de futuro pasa, precisamente, por recuperar tecnologías blandas, culturas y éticas del pasado, de nuestros ‘indígenas’ peninsulares: los pastores y campesinas.

He tenido la inmensa fortuna en mi niñez de asistir y gozar de los últimos días y afanes del modo de vida campesino: he visto segar a mis mayores la ‘mies’ con la hoz mientras recogía con otros niños las espigas que se dejaban por detrás, la he gozado montado en un trillo tirado por una mula, he visto aventar a paladas el trigo en la era, el ordeño a mano, la labranza con bestias, etc. Sin duda eran vidas duras, “a la intemperie” y había en aquel mundo oscuridades intolerables: el poder de las rancias sotanas, los ecocidas del ICONA, el caciquismo falangista, el machismo sin escrúpulos y sin vergüenza, la tauromafía, en fin, la ranciedad de la dictadura casposa de los que ganaron la guerra (in) civil. Pero también es cierto que en el acelerado tránsito a la modernidad del desarrollismo capitalista y urbano de los 70 y 80 perdimos también saberes, paisajes, prácticas de manejo, lazos comunitarios, rutinas de apoyo mutuo, miradas, sonrisas y abrazos que son los que permitieron a la clase campesina habitar el mundo durante siglos, sin destruir las bases de la reproducción y de la habitabilidad. A mucho de lo que perdimos en ese tránsito tendremos que volver si es que hay futuro, o para que haya futuro.



Estamos en un trance histórico tremendo, estas palabras se escriben también entre genocidios y bombardeos que se alimentan de la munición que fabricamos aquí mismo. Un tiempo en el que nos ha tocado habitar una paradoja aparentemente irresoluble: nunca antes la revolución había sido tan necesaria, y nunca antes había sido tan imposible.

Pero quizás el problema de esta paradoja radica en que seguimos pensando 'la revolución' en los términos épicos, sofisticados, violentos, urbanos y occidentales (por lo tanto, colonialistas) que se instituyeron en el siglo XIX. La re-evolución con la que vamos a salir de este atolladero civilizatorio que atravesamos es radicalmente diferente de aquella épica de la toma del poder decimonónica (por lo demás fracasada o contraproducente). La re-evolución del siglo XXI viene con una narrativa de la sencillez, de la distribución del poder, de la autonomía, es una re-evolución indígena, neocampesina, multicultural, eco-feminista, pacífica y simbiótica (simbiosis etimológicamente es 'vivir juntas'), una re-evolución gaiana y multi-especies (citando a Haraway otra vez), que se despliega en gestos sostenidos de modo sencillo y silencioso como el segado de la guadaña, como apacentar rebaños, como el fuelle de la fragua, como la labranza con equinos, como la danza giratoria del torno alfarero, como el mimo a los olivos...

A esa re-evolución del retorno a lo sencillo de la comunidad y la libertad, a la que apostamos todas nuestras esperanzas, sirve este libro. Ojalá nos encontremos al otro lado de este umbral infernal, en la nueva tierra, con las hoces y guadañas bien afiladas. Juntos y juntas.

Fernando Llorente



